

La Ilustración Artística



Año XIV

BARCELONA 11 DE FEBRERO DE 1895

Núm. 685

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA PERLA DEL ALBAICÍN, cuadro de Cecilio Plá



Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Semblanza. Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch*, por José María Sbarbi. — *Los soldados de la Independencia. El alcalde de Montellano*, por Eduardo Zamora y Caballero. — *D. Antonio González Solesio*, por A. — *Crónica parisiense*, por Juan B. Enseñat. — *Nuestros grabados. La Cabellera de Magdalena* (continuación), novela original de Juan Rameau, con ilustraciones de Marchetti. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *La Exposición universal de París de 1900.*

Grabados. — *La perla del Albaicín*, cuadro de Cecilio Plá. — *Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch. La guerra chino-japonesa. Tropas chinas procurando salvar su artillería*, dibujo de R. Catón Woodville, tomado de una fotografía. — *D. Antonio González Solesio*, gobernador civil que fué de la provincia de Barcelona. — *París. Muelle del carbón en el Sena: Un brasero público: Parroquianos á la estufa del Museo de escultura egipcia. Los consejos del abuelo*, cuadro de Alfredo Guillou (Salón de los Campos Elíseos). — *Un alto*, copia del celebrado cuadro de T. Rocholl. — *El mariscal Canrobert. Nicolás Karlovitch de Giers. Lord Randolph Churchill. Proyectos de la Exposición universal de París de 1900 y transformaciones de la Torre de Eiffel*, siete grabados.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La cuestión de Marruecos. — Necesidad de un espíritu público y de una opinión general para plantearla y resolverla. — La concordia ó la discordia con Marruecos influye sobre nuestra política interior y exterior. — El factor Africa en la multiplicación de nuestros intereses y en las páginas de nuestra historia. — Necesidad de ejercer un protectorado moral en Marruecos antes de tomar el efectivo. — Desacato al representante del sultán y responsabilidades. — Paz intercontinental. — Reflexiones. — Conclusión.

I

Aunque deseáramos de todas veras hoy sustraernos al embargo general del sentimiento público por los adversos casos ocurridos con ocasión de la presencia del embajador marroquí en Madrid, no podríamos conseguirlo, pues nos lo vedaría el culto religioso que tenemos á nuestra patria y el desvelo continuo que impone á cada patriota el natural cuidado por la integridad de su territorio sacrosantísimo y por la honra de su nombre inmortal. Entre los muchos problemas presentados á cada político en el curso de la vida, no surgirá ninguno comparable, según la gravedad que dentro de sí encierra, con el problema relativo á la consecución del gobierno de las naciones por sí mismas en completa posesión de su intrínseca soberanía y en ejercicio continuo de su voluntad soberana. Y para resolver este problema, consiguiendo el bien de precaver á los pueblos contra las dictaduras pretorianas y las monarquías absolutas, no basta escribir en la Constitución ó obtener en la práctica una prensa libre y unas cámaras legisladoras, aquélla leída por muchos y éstas generadas por el derecho de reunión y de asociación; necesítase llenar los congresos y senados, los periódicos y libros, los gobiernos y tribunales, la sociedad toda, de un espíritu que ilumine, caliente y mueva la vida social, por tener ésta un solo cuerpo y en el cuerpo un solo espíritu. Así, ante un caso como el presente obligánnos las instituciones, adquiridas con innumerables holocaustos y sacrificios, al deber de formular una clara y concreta política en las relaciones anudables con el imperio marroquí tras los hechos de Melilla y los tratados á ellos subsiguientes. La nación, por medio de los varios órganos que posee, necesita declarar sus sentimientos y sus ideas á este respecto, diciendo si quiere con Marruecos vivir en concordia ó en discordia. Y necesita decirlo, pues tanto su política interior como su política exterior dependen del acuerdo que tome y del proceder que siga en este negocio de Estado la opinión española. Si ha de mantener la concordia, puede pasar el gobierno con un presupuesto de cantidades más bajas que si ha de mantener la discordia, como con ejército de seguridad y defensa menos numeroso que un ejército de ofensa y de conquista. Esto por lo respectivo á la política interior. Y en lo respectivo á la política exterior, si ha de mantener la discordia, necesita, para lograr sus frutos, en lo duro de pelar que está la conquista de Marruecos y en la inevitable precisión de sumar nuestras fuerzas á otras fuerzas, no ya para recabar un resultado, para proponérselo, necesita requerir de alianza cordial á cualquier potencia y revocar su presente neutralidad. Así para extender el radio de la política exterior como para extender el radio de la política interior hemos los españoles de saber si viviremos en paz ó en guerra con los vecinos del desierto, á los cuales nos aproximamos siempre nuestras posiciones respectivas en el Occidente de Europa y en el Occidente de Africa, el contacto de los sendes mares propios Atlántico y Mediterráneo, la convivencia bajo el mismo cielo por siete siglos indelebles, la posesión del gaditano estrecho en su mayor parte, el disfrute de costas donde se hallan posesiones hispánicas que nos juntan por el apretadísimo lazo de la vecindad y de las fronteras, miles de circunstancias tan imperiosas é inevitables como todas las imposiciones del tiempo y del espacio, cuya material fatalidad y cuya incontestable pesadumbre no puede muchas veces vencer ni el libre albedrío de los individuos, ni aun la colectiva común voluntad de los pueblos.

II

Yo sé muy bien cuánto nos daña el factor Africa en la multiplicación de nuestros comunes intereses. A primera vista se comprende la ventaja de un pueblo como el francés, vecino á regiones de producción y de trabajo, las cuales han de solicitarle por necesidad al cambio y con el cambio han de traerle una copiosa y abundante riqueza. Mas nosotros nunca lamentaremos bastante que, desde la desembocadura del Tajo hasta las riberas de Rosas, el continente vecino á la parte mayor de la península nuestra, sea un continente donde domina esta raza de guerra y de conquista, la cual raza nos impone deber tan gravoso como el de armarnos y nos pide vida tan difícil como la consiguiente á una vigilancia continua; pues no produciendo nada ella y comerciando lo menos posible, nos desposa, desposa nuestra tierra con el fatalismo enervador y con el árido desierto. Esta vecindad del Africa fué siempre nuestra desgracia histórica; pues, si fortísima ella, nos combate y sojuzga, como lo hicieron el patriciado cartaginés y el califato árabe; mientras si fuertes nosotros y conquistadores, apenas sacamos provecho ni de que D. Enrique Aviz nos trajera Ceuta; don Alfonso el Africano, Tánger; D. Fernando el Católico, Melilla; el emperador Carlos V, Túnez; el cardenal Cisneros, Orán; que se gana mucho entrando en comunidad con pueblos que trabajan, poco entrando en comunidad con pueblos que combaten. La religión musulmana se nos aparece como el dogma de la guerra por excelencia. Los pueblos musulmanes se distinguen por un valor tan alto, patente de antiguo en mil batallas, y por una difusión tan rápida, luego asegurada por su fortaleza y por su constancia, que se hubiera desprendido varias veces sobre nuestra Europa, en los tiempos modernos mismos, si una invención como la del cabo de Buena Esperanza y otra invención como la vuelta del mundo entero no hubieran dado en el planeta superioridad tan incontestable á los creyentes en Cristo sobre los creyentes en Mahoma. Siglos hacía que los expulsáramos de Provenza y de Sicilia; en vísperas estábamos de arrojarlos del suelo español; de cristianas habíamos bautizado en lo posible las islas evocadas por el genio ibérico entre las tierras europeas y las tierras africanas de Occidente, cuando á la vista de los reyes cristianos y de los Papas católicos, los mahometanos en su familia turca se apoderaron del imperio griego y su capital Constantinopla, después de habernos en el siglo decimotercio arrancado toda esperanza de recobrar Jerusalén, un momento cristianizada, no por el arroyo de la cristiandad, por los sortilegios y los fantaseos del gran emperador Federico II de Suavia. Pues bien: ante problema de tal género, ante un problema como la conquista de Marruecos por nosotros, tan erizado de peligros, hay que decidirse por una de las dos políticas; ó por la de un combate á muerte con Marruecos, en el cual todos nos desangráramos y enflaquecíamos, ó por la política de una convivencia con Marruecos, en que no pongamos la mano sobre su territorio nosotros, pero trabajemos de suerte que nadie pueda tampoco ponerla, conociendo como hay un protectorado nuestro allí, no inscrito en protocolo ninguno, pero sí desempeñado con la calma y habilidad de quien sabe cuántas ventajas le reporta la circunspección y cuántos daños le traería la imprudencia. Yo tengo en esta importante alternativa mi partido tomado hace mucho tiempo.

III

Los lectores de estas revistas no pueden ignorarlo. Cuando la llama de un ciego entusiasmo encendía los espíritus y empujaba los ánimos hacia la cruzada contra el infiel marroquí por las desgracias de Melilla, grité yo paz entre aquellos fragores de las pasiones exaltadas y me puse á laborar esta paz con todos los medios procurables por mi posición conocida y por el influjo mío sobre los gobiernos liberales de Europa, compuestos en su mayor parte por viejos correligionarios y amigos de por vida. Procedí así, no ciertamente por emociones fugaces de un minuto, por creencias formuladas como leyes del pensar y del proceder mío, en mi discurso-testamento último, al despedirme de la política militante hace ahora un lustro. «Grande, muy grande, yo decía entonces, nuestro general O'Donnell en su guerra, temeraria como demostraron los acontecimientos, pero por temeraria, heroica sobre toda ponderación; grande, grandísimo el esfuerzo de nuestros soldados en Sierra-Bullones y en los pasos del Jelú; verdaderamente legendario, como Santiago, aquel general mártir, á quien todos hemos querido de corazón y á quien todos lloramos todavía; grande, muy grande todo esto; pero todo esto nos enseña como no debemos emprender nada militar en Africa, fiando el cumplimiento de nuestro derecho á la evolución de lo porvenir. Se han acabado las colonizaciones militares y comienzan las colonizaciones científicas; factorías y no campamentos; naves y no ejércitos; grandes diplomáticos y no grandes generales; escuelas, donde podamos establecerlas; misioneros, donde puedan oírlos; medios, muchos medios; una influencia de todos los días; traducciones de aquellos libros árabes que demuestran la comunidad de unos y otros pueblos, y que hacen latir el corazón de razas poéticas y verdaderamente religiosas; todo esto, si quieren, pero nada de guerras al infiel marroquí, porque para todo español sensato la integridad del imperio de Marruecos debe levantarse á dogma, como la integridad del imperio turco lo fuera un día en la Inglaterra clásica.» Procediendo así, parecería, mirado este proceder por su externa superficie, que procedíamos con ingenuo candor, cuando en realidad procedíamos con experta política. Un afán inmoderado y un esfuerzo temerario por adquirir colonias caracteriza el final de nuestro siglo, como un grande abandono á este respecto muy punible caracterizó el final de la pasada centuria. Hoy hasta los gatos quieren zapatos y hasta los reyes belgas colonias. Por el Congo compromete Bélgica su neutralidad, como en Zanzibar se muestra débil Alemania, ella, tan fuerte y tan poderosa en todo nuestro continente. Francia desgrana su ejército y dispendia su presupuesto por

Madagascar y Tonkín, mientras Italia sigue y persigue á un fantasma en su colonia Eritrea, tan hermosa de nombre como triste y voraz en realidad. Mas, entre tanto territorio codiciado, ninguno con la intensidad que los territorios del Africa occidental, donde termina el Mediterráneo y comienza el Atlántico inmenso conducente á las Canarias y á las Antillas y al centro de América. Desea Inglaterra Tánger con vivísimo anhelo; pugna Francia por el Muluya y el oasis de Fidji; hasta Italia, dolorida todavía de su renuncia terrible á todas sus esperanzas en Túnez y á todos sus proyectos en Trípoli, suspira por esa parte de Africa, pidiendo una porción de ella en el reparto supremo, como suma de las compensaciones en el Mediterráneo occidental africano á los muchísimos servicios hechos al Egipto y á sus dueños de ahora los ingleses en el Mediterráneo africano oriental. Pues entre tantas pretensiones y entre tantos aspirantes al reparto de Africa, no conozco mejor política que la encaminada con reflexión y con voluntad á preservar Marruecos de tantos ambiciosos como quieren repartírselo.

IV

Detesté la guerra última en el continente africano y aplaudí la paz. Pero esta paz, tan útil á la nación entera, no fué por la nación entera comprendida y apreciada en todo su valor. El vínculo atávico de nuestra sangre hirviendo contra los moros de antiguo y el afán de popularidad en los cortesanos del pueblo convirtieron un acto de consumada prudencia en un acto de notoria debilidad. Si no me llamaran severo diría que comprendieron los marroquíes el interés de ambos pueblos con superioridad notoria sobre los españoles al refrenar las tribus indómitas del Rif, recibir con entusiasmo y con fraternidad los enviados por nuestro gobierno á su capital para de nuevo ajustar paces, y prestarse á cuanto exigimos en materia de arreglos territoriales y en materia de indemnización pecuniaria. Después de tal correspondencia, el odio debía en amistad trocarse y establecerse una cordial inteligencia entre ambos pueblos. Así lo comprendió el nuevo sultán, y por ello diputó la embajada. Y, al venir esta embajada, ¿hemos hecho nosotros, españoles, todo cuanto debíamos para recibirla con el agrado correspondiente á la muestra de amistad que se nos daba y al interés que tenemos en cultivar esta indispensable amistad? Nada de ello, ni el gobierno, ni el público, ni la prensa, ni el sentimiento colectivo han mostrado la resolución en favor de la paz demandada por todo cuanto nos interesa en el mundo, por el bien de nuestra política interior y por el bien de nuestra política exterior. Descuido en la custodia, indiferencia en los gobernadores, artículos de befa en los periódicos, miradas de odio despedidas por aquellos que anhelaban una campaña, poco amor á la paz en los corazones, sueños con lo imposible y lo fabuloso en algunas inteligencias: he ahí cuanto hemos observado y cuanto nos explica hoy cómo, entrando estos efluvios de ideas en un alma de combatiente, transmitidos como irradiaciones de misterioso magnetismo y de ardentísima electricidad por los nervios muy montados, á un corazón muy susceptible de vivas emociones, hayamos visto un desacato tan grande como imprimir horrible y resonante bofetada en la mejilla de un embajador, á quien protegen todas las leyes divinas y humanas, todas las costumbres y todas las tradiciones con una inviolabilidad sacrosanta, no los pueblos cultos y civilizados tan sólo, hasta los pueblos salvajes en los esbozos de su sociedad incipiente y en los asomos de su nativa conciencia. Francamente, me tendréis por tan extraviado como quien ha cometido la irreverencia; pero yo imputo más la responsabilidad de cuanto ha sucedido á la falta de un espíritu general en la sociedad española, que al arrebato singular de un general arriesgado. Nos volvemos contra el castigo de Adán, y sin embargo por todas partes descubrimos cuantas culpas de otros recaen sobre nuestras personas, sin que hayamos podido evitarlo, y sobre todos recaerá la culpa y el castigo de aquél, impelido á su atentado irreparable, ó por indiferencia de los menos, ó por sobrado entusiasmo de los más. Y no habrá otro medio de precavernos contra responsabilidades así, que arrestarnos á una gran política de protectorado moral sobre Africa en espera del día que pueda traernos el protectorado material y tangible. Pero el protectorado futuro no podrá levantarse nunca sino sobre la base de una grande alianza con Marruecos hoy. He visto la embajada mora en casa de una tan distinguida é inteligente dama como la ilustre marquesa de Esquilache. Pocos espectáculos tan dignos de atención y estudio como el presentado al pensamiento y á la vista de uno por estos hombres extraordinarios, que parecen venidos de un planeta muerto y parecen iluminados por las pavesas de un sol extinto. Lo primero que se nota en ellos es la fortaleza física y moral. Cada hombre de esos puede luchar sin descanso por haber llevado á la continua una vida de combate. Lo segundo que se nota es una inaccesible reclusión dentro de ellos mismos, la reclusión de su ser en el pensamiento, la reclusión del pensamiento en su alma. Yo comparaba su impassible rostro con el rostro nuestro, atormentado por el combate de tantas pasiones y por el martirio que causan las invencibles aspiraciones á la realización de ideas muchas veces impracticables. Nosotros los europeos todos mostramos la inquietud proveniente del combate librado dentro de nuestras almas entre la realidad en que vivimos y el ideal con que soñamos. Ellos están satisfechos de su religión, satisfechos de su familia, satisfechos de la organización política y social que tienen su Estado y su gobierno, satisfechos del traje litúrgico que visten y hasta del yugo que llevan, por lo cual apenas conciben la vida de otra suerte, y no podéis por tanto comprender cómo admiraba yo, con cuál fervor, la presencia entre nosotros de tribus que parecen adscritas á los tiempos prehistóricos, y que únicamente conocen un libro á que sus almas se prenden, y únicamente aspiran á vegetar en el suelo donde les cupo nacer, aguardando tras esta vida, de resignación á la muerte y de conformidad con el hado y el destino, un paraíso de sensuales delicias.

Madrid, 4 de febrero de 1895.



EXCMO. SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

SEMBLANZA

Así como hay niños que parecen hombres antes de tiempo, de igual manera no faltan hombres que parecen niños durante toda su vida.

Uno de estos últimos fué Hartzenbusch. Estatura mediana, más bien baja que alta; facciones que manifestaban, de una parte, hondo pesar, y de otra, rectitud de corazón; trato afable; carácter servicial; índole, en ocasiones, plañidera; genio un si es no es encogido; talento claro, debido más bien al estudio que á la espontaneidad; dicción castiza... he ahí retratado, mediante cuatro rasguños, en cuerpo, alma é inteligencia á nuestro caro amigo, cuya fausta memoria durará mientras existan las letras patrias. De la verdad que entrañan las anteriores premisas, certificarán unos cuantos ejemplos que, sin más preámbulos, pasamos á exponer á la consideración del benévolo y juicioso lector.

El hombre es, por punto general, hijo de las circunstancias. Pues bien: á éstas debió nuestro biografiado el genio un tanto taciturno que de vez en cuando se transparentara en sus facciones y en su conversación.

Es el caso, que Hartzenbusch perdió á la autora de sus días cuando contaba sólo dos años de existencia, y era ella bastante joven (como que no contaba más de veintidós abriles), efecto de haber demostrado ésta natural compasión al ver que arrastraban por las calles de Madrid á un personaje, maltratándolo cruel y desafortadamente.

— «¡Jesús, qué lástima!» gritó al presenciar semejante barbarie.

— «¡Con el que tenga lástima se debe hacer otro tanto!» exclamó sediento de sangre uno de los sicarios componentes de semejante chusma.

La impresión que con tal motivo recibiera aquella buena señora fué tal y tan honda, que al mes dió á luz su segundo hijo, y dos semanas después entregaba su alma á Dios, delirante y presa de horribles convulsiones. ¿Qué mucho, pues, que faltándole el calor de su madre cuando más había menester de él; reducido á una vida laboriosa, modesta y silenciosa, propia del taller de ebanistería en que se ejercitaba su padre (filósofo por otra parte, á fuer de buen alemán), y testigo presencial, apenas abría sus inocentes ojos á la luz del día y de la razón, de los atropellos horrorosos cometidos por la soldadesca francesa en nuestro suelo, no se saturara su tierna imaginación de vapores tétricos, su alma de hondo pesar y su corazón de inquebrantable aversión hacia todo cuanto pudiera relacionarse con las desmedidas ambiciones napoleónicas? Así es que, cincuenta años después de haber perdido para siempre en la tierra al ser querido que lo llevara en sus entrañas, exhalaba las siguientes sentidas ternezas en su composición titulada

LA CASA DE LA MADRE

El sueño final dormía,
tendida en funérea caja
con blanca y negra mortaja,
la joven madre María.

Y hallando el acceso franco
un niño, en la sala entró,
y muerta á su madre vió
vestida de negro y blanco.

Miró el niño el cuerpo inerte
con infantil impiedad:
estaba en la tierna edad
que aún ignora que haya muerte.

Mas causáronle estupor
aquellas manos en cruz,
y aquel traje, y tanta luz
de su madre en derredor.

Le alzó en brazos por detrás
un mancebo con cariño:
sacaron de casa al niño,
y á su madre no vió más.

En un templo cierto día
dar vió reverente culto
á un triste y hermoso bulto,
que blanco y negro vestía.

Cercábanle ardientes cirios;
las manos le vió cruzadas,
y en el pecho siete espadas
indicando sus martirios.

«¡Mirad á mi madre allí!»
el niño al punto exclamó.

Un joven le dijo: «No;»
le dijo una anciana: «¡Sí!»

«Lo es tuya de varios modos
María, que allí se ve.

— María mi madre fué.

— María es madre de todos.»

Juntó con piadoso error
el niño (y hombre las junta)

la madre que vió difunta
con la Madre del Señor.

Y dulce interés despierta
oírle en voz conmovida:

«¡Primer recuerdo en mi vida
fué ver á mi madre muerta!

«Velo el tiempo corrió;
si el bien alcanzo que anhelo,
veré á mi madre en el cielo,
joven ella, viejo yo.»

A joven no era llegado,
y unas flores vió arrancar
de tierra que fué solar
de humilde albergue arruinado;

Y un hombre dijo sombrío,
suspendiendo su labor:

«Donde esta campestre flor,
nació tu madre, hijo mío.

«La casa materna, altar
debe para el hijo ser:

¡Feliz, si viene á caer,
quien la puede levantar!»

Por más que al hijo desplace,
poco el suelo poseyó
donde su madre nació,
nunca el suelo donde yace.

Al muro que el tiempo arrasa
da tumba naturaleza:

ni aun deja ver la maleza
las ruinas de aquella casa... etc.

Quien albergue allá en lo íntimo de su corazón siquiera un destello de sentimiento, no podrá tender la vista por esta leyenda autobiográfica sin echar de ver que algo húmedo corre por sus mejillas.

Cuando en 1867 tuve yo el gusto de visitar y conocer personalmente á D. Juan Eugenio (puesto que nuestro trato epistolar databa de unos cuantos años atrás), como quiera que se opusiera á mi despedida por dos ó tres ocasiones, hube de reponerle al cabo: «No gusto de incurrir en la nota de rapacidad que achaca Napoleón á ciertos individuos.» Visiblemente alterado, me preguntó: «¿Y qué nota es esa?» A lo que le respondí textualmente: «Hay una especie de ladrones que no persiguen las leyes, aunque le roban al hombre lo más precioso que posee, que es el tiempo.»—«¡Lástima, exclamó asomándosele las lágrimas á los párpados, que verdad tan grande no hubiera sido pronunciada por otro que no hubiese robado tantos momentos de felicidad á la sociedad y á la familia!..» Seguramente, sin querer yo, había evocado á su memoria el triste recuerdo de su idolatrada madre la señora doña María Josefa Martínez Calleja, muerta moralmente por las selváticas hordas francesas, y con circunstancias terriblemente agravantes en el terreno físico, según queda arriba manifestado; pedíle perdones mil, al echar de ver lo intempestivo de mi cita, y quedamos tan buenos amigos, de que no dejó de darme pruebas fehacientes en adelante.

Hablar de su modestia, sería el cuento de nunca acabar. Deseoso de ver en cierta ocasión la magnífica posesión del duque de Osuna apellidada *La Alameda*, se lo comunicó así á aquel egregio prócer, quien no tardó en extender á su favor una carta de recomendación dirigida á su mayordomo en aquella pintoresca y suntuosa casa de recreo, encargándole que recibiera y atendiera á semejante huésped con las mismas consideraciones que si se tratara de su propia persona.

No hay para qué decir que, ante un texto tan concluyente, no se le regatearon los miramientos de todo género al portador de tal misiva. Pocas horas habían transcurrido desde que nuestro excursionista se había albergado allí, cuando notó el *cicerone* oficial que su recomendado andaba buscando algo, con avidez no muy recatada, en una de las varias sillerías que alhajaban aquella mansión destinada al solaz y al reposo y exornada con cierto lujo sibarítico, si quiera ocupara una situación campestre.

— ¡Ya la encontré!, prorrumpió en su voz atiplada Hartzenbusch.

— ¿Qué es ello?, interrogó algo sorprendido el acompañante.

— La marca que ostentan estos sillones, por la cual se acredita que soy yo el artista que hizo esta sillería. Porque ha de saber usted, si no lo sabe, añadió con cierto aire triunfal el visitante, que en mi juventud fuí yo ebanista.

Excusado parece hacer saber al lector menos lince cómo las consideraciones hasta allí habidas con el señor Hartzenbusch en aquella grandiosa quinta, olieron desde entonces más á cola y á pino que á incienso y estoraque. ¡Tal ha sido y será siempre la pícara humanidad; mayormente (y ahora que por desgracia no nos puede oír el ínclito varón que promueve estos desaliñados brochazos) cuando, como dijo asimismo Napoleón I, «la tiranía más insoporrible es la de los subalternos.»

Compañera inseparable de la modestia es la afición á la soledad ó retiro. Buena prueba dió de ello cuando, según refiere uno de sus biógrafos (D. Aureliano Fernández-Guerra), lo elevó éste al puesto de Bibliotecario primero de la Nacional de esta corte, como escalón inmediato para hacerle ascender poco después á la cúspide de dicho establecimiento, esto es, al rango de director. Fuerza es no perder de vista que Hartzenbusch desempeñaba á la sazón el cargo de jefe de la Escuela Nacional, que se le había conferido en noviembre de 1854, y al que estaba anejo el disfrute de casa y jardín. Ahora bien: cualquiera pensaría que el amor propio del hombre se lisonjearía naturalmente al aventajar en posición y sueldo; ¡que si quieres!, el bueno de D. Juan corre precipitadamente en busca de su favorecedor, y sin andarse en rodeos, le dice: «Sr. D. Aureliano de mi alma, aunque reconozco su buena intención de prosperarme, estoy muy distante de agradecerle. ¡No puede usted imaginarse el daño tan grande que me ha irrogado con privarme de aquel jardincito que constituye mis delicias todas!..» Si no hubiéramos significado en un principio que Hartzenbusch fué un niño durante toda su vida, este solo rasgo bastaría para acreditarlo de tal. ¡Felices las almas para quienes no existe la carcoma de la ambición y el prurito de palear! Felices una y mil veces, porque se gozan en un estado el más á propósito para no ser envidiosas ni envidiadas!.. Por eso, cabalmente, nunca quiso figurar en el estadio de la política.

Secuela inherente á tan recomendable como rara virtud es naturalmente la desconfianza de sí propio. Preciso es, empero, no relegar al olvido que en un

término medio consiste la virtud; y al tratarse de este particular, duélenos el tener que confesar como nuestro buen amigo anduvo en él algo exagerado. Tan perjudicial es, en efecto, la excesiva presunción cuanto la nimia desconfianza; á este último defecto hay que achacar ciertos lunares, si así pueden ser calificados, que ostenta tal cual de sus producciones en algún que otro pasaje, efecto de su propensión innata á alcanzar la perfección absoluta. Pero la perfectibilidad intrínseca es propiedad exclusiva de la Divinidad: por eso es axioma generalmente recibido, que *lo mejor es el mayor enemigo que tiene lo bueno*, y como dice nuestro pueblo en su filosofía vulgar, que *muchos componedores descomponen la novia*. Alusión es esta, v. g., entre otras muchas que pudiera citar con tal motivo, á los retoques que dió y refundiciones que hizo en *Los Amantes de Teruel*, en cuya operación, si bien ganaron algunos pasajes, no salieron otros igualmente librados. Pero no es ahora la ocasión de entrar en el juicio literario de esta ni de ninguna de sus obras, todas ellas más ó menos apreciables; basta con lo ligeramente expuesto para poder venir en conocimiento de lo que era su manera de ser, de su idiosincrasia, acerca del particular que en este momento nos ocupa, y á mayor abundamiento, con el siguiente suceso, que pasó entre él y quien redacta estos breves y mal pergeñados renglones.

Envió á *La Defensa de la Sociedad* (revista que fundó en Madrid D. Juan Bravo Murillo, de la cual era director D. Carlos María Perier, y redactor principal, ó en jefe, como ahora se ha dado en decir á la francesa, el que esto escribe), una fabulita, como suya, intitulada *El dedo índice de la mano izquierda*. En ella pinta... Pero cedamos la palabra á su autor, porque mejor lo hará en su magnífica poesía que nosotros en nuestra humilde prosa. Dice, pues, así:

Quando por un motivo harto ligero,
desechó á doña Vasthi D. Asuero,
sus ministros en sabia controversia
decretaron hacer en toda Persia
leva de señoritas
de cualquier condición, siendo bonitas,
de quienes, á placer, con libre mano,
se adjudicara novia el soberano.
Fué la recolección tan poco parca,
que se hartó de ver niñas el monarca,
y limitarse quiso,
por superior y celestial aviso
(resolución extraña, pero cuerda),
á verles sólo la manita izquierda.
Pasaban á un salón las elegidas,
y ante dos cortinajes (1) detenidas,
alargaban la mano al rey oculto,
que mirándola á bulto,
se dejaba decir con desenfado:
«Visto, bueno; enterado.»

Entre cortina, pues, y entre cortina,
zurda una vez apareció divina
(ojo: trasposición esto se llama),
que en amoroso ardor al rey inflama,
y él un velo del otro separando,
absorto queda ante sus pies mirando,
portento de modestia y hermosura,
la adorable arcangélica figura
de Ester, por mano del Señor electa,
en virtud y beldad virgen perfecta,
para ser en el día de amenaza
la feliz salvadora de su raza.

Entusiasmado el rey, y enternecido,
y entre dos dedos manteniendo asido
el de la hermosa Ester índice izquierdo,
«La predicción recuerdo,
la predicción me cumplés (repetía),
que un profeta de Dios hízome un día:
— Tendrás consorte de virtud colmada
y de rostro y de tino sobrehumano,
si la doncella eliges, que no tema
dejarte ver en su siniestra mano,
maltratada del índice la yema. —
Tu amante rey ansioso te pregunta
qué hizo este pobre dedo por la punta,
que algo se me presenta deslucido
por parecer estar como roído?»

Responde Ester modesta:
«Fácil es la respuesta,
Señor, que darte puedo:
Esto es que en mi labor me coto el dedo.»
«Tú eres la compañera peregrina
(exclama el rey), que el cielo me destina.
El ha querido que mi esposa fuera
sobre insigne beldad, gran costurera.
Recibe ufana la real corona
que tus méritos altos galardona.»
Esto que, dicho así, parece cuento,
no consta en el Antiguo Testamento.
Hállase en un escrito de aljamía,
y á fábula, de allí, se le reduce.
Mas la verdad en ella se trasluce
en medio de arabesca fantasía,
y es útil documento
para dar su valor entre cristianos
á la buena mujer de buenas manos.

Vista ya tan linda composicioncita, digamos acerca de ella lo que ocurrió. Enviáronse pruebas al autor, con cuyo motivo no conocí yo la fábula hasta

(1) Léase *cortinones*.

después de compuesto el pliego de máquina; y, francamente, al leerla, me chocó eso de *pararse las muchachas delante de dos CORTINAJES*, tras de los cuales estaba oculto el rey, al efecto consabido. Pidió Hartzbusch seis ú ocho ejemplares del número en que se había publicado dicho trabajo, con el objeto de regalarlos á varios amigos, y se le enviaron sin tardanza; volvió á pedir otros tantos al día siguiente, en ocasión en que me encontraba yo en la oficina, y habiendo dado orden el director de que se los facilitaran, dije que yo me encargaba de ser el portador. Fuí en derecho á la Biblioteca Nacional, y después de elogiarle el apólogo cuestionado, le pregunté:

— Vamos á ver, Sr. D. Juan: Al decir usted que *las niñas se detenían ante dos CORTINAJES*, ¿se propuso dar á entender por medio de ese último vocablo dos *juegos de cortinas*, ó dos *cortinas grandes*?

— Dos cortinas grandes; ¿qué duda cabe en eso?
— Es decir, dos *cortinones*, con perdón de la Academia, que no apunta semejante palabra como definida en su Diccionario, si quiera la use en una de las definiciones del artículo *compuerta*...

— ¡Es usted terrible, Sr. D. José de mi alma, exclamó en tono compungido, cuando maneja la crítica filológica, y tiene usted razón que le sobra.

Y diciendo esto se levanta precipitadamente, vuela á su mesa escritorio, rasga la faja de unos cuantos números de la consabida revista en que figuraba dicha su fábula, enristra la pluma y comienza á sustituir en cada ejemplar el vocablo *cortinajes* por el de *cortinones*, sin que bastaran todas mis observaciones para hacerle cejar en su empeño.

— Deseo, me añadió, que hagan ustedes figurar esta errata en el número próximo de *La Defensa*.

La cosa no lo merecía, después de todo; pues, como yo se lo hice notar en el acto, podía darse el caso de que hubiera habido dos pares de cortinas, cada uno de su clase, con lo cual resultaban efectivamente dos *cortinajes*, y quedaba la cuestión á salvo de toda duda; mas él insistió en que no veía en aquella ocasión más que dos *cortinones*, y que sólo una distracción propia del estado de debilidad en que se encontraba ya su cabeza (fueron sus palabras), pudo dar margen á semejante *quid pro quo*. Yo sentí en el alma haberle producido aquel mal rato (porque de seguro se lo dí contra mi voluntad y mi cálculo), y no hay para qué decir que el director y yo convinimos en no hacer figurar como errata en *La Defensa de la Sociedad* aquello que tan buena defensa tenía bajo ciertos respetos en el papel.

De propósito he querido consignar este ligero suceso de su vida, primeramente por dar á conocer lo pulcro y atildado de su estilo, junto con lo formal de su carácter, al negarse á estampar en el papel cosa alguna que pudiera discrepar lo más mínimo de la verdad que abrigara su mente; y después, porque semejante rasgo pinta por sí solo la espontaneidad con que se sujetaba al dictamen ajeno cuando lo estimaba aceptable, con sólo hacérsele la más leve indicación.

Tal es la razón por que, en el caso presente, he respetado yo en el texto la voz CORTINAJES y puesto por nota marginal léase CORTINONES, cumpliendo, como tributo póstumo, con lo terminante de su voluntad en este particular.

De lo pacato, tímido, encogido, apocado (ó como quiera decirse) de su genio, baste citar el suceso siguiente:

Trataba con mucha franqueza á cierto sujeto, de origen asimismo germánico, naturalista hábil y escritor bastante apreciable, conocido en la república literaria por el seudónimo de *El Tío Cigüeño*.

Tuvo este buen señor la humorada de casarse, ya algo entrado en años, con una posadera, tocándole en suerte (quiero decir, en desgracia) una de tantas pécoras como pululan en este mundo sublunar, por lo que al fin y al cabo se vió obligado á consumir el competente divorcio.

A fuer de hombre filósofo, y andando de continuo por el campo dedicado á sus investigaciones naturalistas, solía no hacer gran caso de su persona, visitando comúnmente con no poco desaliño. Mas he aquí que cierto día se presenta en casa de Hartzbusch elegantemente vestido y con rostro más placentero que de costumbre, y echándole los brazos al cuello, prorrumpie en esta exclamación:

— ¡Tocayo, vengo á que me dé usted la más cumplida enhorabuena!

— ¿De qué?

— ¡De que se ha muerto mi mujer!

Para un hombre como Hartzbusch, todo corazón, y que de más á más había logrado la inapreciable dicha de tener dos ángeles por esposas, debió de sonarle aquel *exabrupto* á algo así como blasfemia. Yo me lo figuro en este momento subiéndosele el

carmín á las mejillas, con los ojos desencajados, y vacilante bajo sus pasos como si fuera á tragárselo la tierra, subiendo de punto su estupefacción al oír que á continuación le pide el visitante que le componga inmediatamente un epitafio en verso, en que se acredite el júbilo que con tal motivo embarga su corazón y su actual bienhadada existencia.

Hay situaciones en la vida que resultan verdaderamente cómicas; la que ahora nos ocupa no podía serlo indudablemente más: ¡cuán cierto es que existen novelas que parecen historias, así como historias que parecen novelas! Yo desafío al hombre más denodado á que permanezca imperturbable ante una situación semejante, de igual modo que reto al pintor más hábil á que traslade al lienzo escena tan inaudita. Si lo hay, que no creo, por mi parte me declaro incompetente para trasladarla al papel; y así, reanudando el hilo de mi discurso, digo: Que no bastando ningún linaje de consideraciones y reflexiones á hacer desistir de su tenaz porfía á aquel impertinente, y teniendo que ceder por fuerza á lo apremiante de las circunstancias, prorrumpió, mal desu grado, en la siguiente redondilla:

La mujer que yo tenía,
yace sepultada aquí:
¡Jesús, que bien está así
para su paz y la mía!

Excusado parece decir que, aun cuando destinada esa verdad para ser manifestada al público en el gran recinto donde la verdad mora, cual lo es toda necrópolis, si no siempre en los epitafios, por lo menos siempre en el reducido ámbito cuya entrada sellan esas losas funerarias, la autoridad eclesiástica no podía dar curso á desahogo tan irreverente.

Creo que se puede poner el sello al carácter moral que distinguía á Hartzbusch, con decir que en el cumplimiento estricto de su deber se informaban los actos todos de su vida. Probablemente, cuando empuñó las armas para defender á su patria con el carácter de miliciano nacional, hubo de leer este párrafo de las *Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos* (tít. XVII, art. 1.º núm. 12), tan en consonancia con su modo de pensar y obrar: «El oficial cuyo propio honor y espíritu no lo estimulan á obrar siempre bien, vale muy poco para mi servicio: el llegar tarde á su obligación (aunque sea de minutos); el excusarse con males imaginarios ó supuestos á las fatigas que le corresponden; el contentarse regularmente con hacer lo preciso de su deber sin que de su propia voluntad adelante cosa alguna, y el hablar pocas veces de la profesión militar, son pruebas de grande desidia é ineptitud para la carrera de las armas.» ¡Conceptos sublimes que debieran estar escritos en letras de oro sobre láminas de bronce, y hacerse relativa y proporcionalmente extensivos á todas las clases y condiciones del Estado, para mengua y confusión de muchos de sus servidores, y que, á no hallarse redactados de antemano en aquel código venerando, hubieran surgido espontáneamente del cerebro y de la pluma del digno autor de tantos cuadros morales en que campea el sacrificio por el cumplimiento de su deber!

Hásele atribuído á este egregio varón un dicho de cuya existencia siempre dudé. Cuéntase que, saliendo de una reunión, al tomar equivocadamente don Adelardo López de Ayala el sombrero de Hartzbusch, lo soltó inmediatamente diciendo: «Yo tengo más cabeza que el dueño de este sombrero,» y que el aludido replicó: «Más sombrero, sí; pero más cabeza, no.»

Conocida la modestia que caracterizaba á nuestro biografiado, y siendo ambos íntimos amigos, cae por su base la existencia de semejante dicho. A mayor abundamiento, cuando se le sacaba á Hartzbusch la conversación acerca de este particular, aseguraba no conservar el más mínimo recuerdo de tal acontecimiento, ni mucho menos pronunciado la frase que se le imputaba.

Yo me apresuro, pues, á descolgar del retablo erigido á su buena memoria un milagro que no había hecho.

Prudente y sufrido en las situaciones adversas de la vida, ora sociales, ora domésticas, solía exclamar, cuando le rodeaban personas de confianza, en esta muletilla ó refrán de índole chistosa: «¡Vaya por lo que pasó Blas cuando lo caparon la primera vez!» Idéntico dicho se me ocurre repetir ahora, al contemplar que, deseoso de hacer un retrato acabado de tan egregio varón, sólo he acertado á trazar un ligero boceto, si quiera sea fiel en sus lineamentos. Las grandes figuras no caben en marco tan reducido, exigiendo, además, el ser desempeñadas por el delicado pincel de los Velázquez ó los Murillos.

JOSÉ MARÍA SBARBI



LA GUERRA CHINO-JAPONESA. - Tropas chinas procurando salvar su artillería

Dibujo de R. Catón Woodville, tomado de una fotografía

R. Catón Woodville

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

EL ALCALDE DE MONTELLANO

Tiene nuestra epopeya nacional un carácter originalísimo que la diferencia de todas las guerras, y necesariamente ha de hacer variar el procedimiento de los que pretendan historiarla.

La misma dificultad con que lucharon los generales de Napoleón para lograr un éxito definitivo, han de encontrar los historiadores, y por eso creo que nunca se conseguirá escribir una verdadera historia de aquel acontecimiento tan trascendental que varió la faz de Europa é hizo eclipsar la estrella del primer capitán, no sólo de los tiempos modernos, sino también de los antiguos, porque yo soy de los que creen que la gloria militar del vencedor de Austerlitz iguala, si no aventaja, á la de Julio César y Alejandro.

Sería pueril é inútil negar que los franceses en España ganaron casi todas las batallas, pero es imposible desconocer que perdieron todas las campañas.

Las victorias al parecer más importantes, como las de Cabezón, Riaseco, Tudela, Ocaña y tantas otras, se convertían al día siguiente en hechos aislados, que ni siquiera daban la posesión de una provincia, ni proporcionaban á los vencedores un momento de reposo, ni les permitían proveerse tranquilamente de víveres, atender al cuidado de sus enfermos, ni establecer entre sí comunicaciones regulares.

Lannes, después de la toma de Zaragoza, escribía al emperador:

«¡Qué guerra! ¡Qué hombres! ¡Un sitio para cada calle, una mina debajo de cada casa! ¡Verse obligado á matar tantos valientes, ó si se quiere á tantos locos! ¡Es una guerra horrible! ¡La victoria entristece!»

La victoria entristece, decía el heroico mariscal, y podía haber añadido: no sirve de nada. ¿Qué importaba tomar á Zaragoza y á Gerona y á Ciudad Rodrigo y á Valencia, si en los mismos arrabales de las plazas conquistadas se levantaba un cura de misa y olla, un labriego, un sacristán, un estudiante, un noble, un pobre diablo cualquiera para desconocer la autoridad del vencedor y hostilizarle día y noche y obligarle á emprender nuevas operaciones, que algunas veces se convertían en verdaderas campañas?

De trescientas ochenta y dos guerrillas organizadas y con jefes reconocidos se tiene noticia. ¿Quién es capaz de exterminar ese enjambre de fuerzas, que no necesitan armamento, ni vestuario, ni víveres, ni municiones?

Y aun prescindiendo de las guerrillas que vivían habitualmente en campaña, todavía quedaba otro elemento que hubiese destruído los ejércitos de Jerjes. Los buenos patriotas, es decir, casi doce millones de españoles, que sin abandonar sus casas hacían desde ellas al invasor todo el daño posible, no sólo auxiliando con dinero y recursos á los que estaban en armas, sino tomándolas en ocasiones y convirtiéndose en soldados de un día, para realizar alguna empresa que les inspiraba su patriotismo y favorecían las circunstancias.

Héroes anónimos casi todos ellos, que como el tambor de San Pedor contribuyen á victorias tan brillantes como la del Bruch, y luego desaparecen, sin que la historia consiga descubrir sus nombres, ni la patria pueda consagrarles un recuerdo de gratitud.

* * *

Uno de estos soldados de veinticuatro horas, y no seguramente de los menos beneméritos, fué el alcalde de Montellano.

Cuando en 1810 José Bonaparte se posesionó de Andalucía instalándose en Sevilla, y desde allí logró hacerse dueño, sin gran resistencia, de aquellas ricas provincias, donde en realidad no quedaba más que Cádiz como último baluarte de la patria española, los franceses pudieron considerar realizada la empresa que Dupont había emprendido dos años antes, creyendo la cosa relativamente fácil, y que hizo por entonces imposible el triunfo completo y brillantísimo de Castaños en Bailén.

Dueños de todas las capitales y hasta de las poblaciones importantes de segundo orden, dedicáronse á organizar contraguerrillas, como hacían en todas partes, para combatir á las fuerzas populares que todavía se negaban á someterse; y por triste que sea, fuerza es confesar que allí encontraron sus propósitos más facilidades que en ninguna otra región de la península. No fueron pocos los que se prestaron á combatir por el rey intruso, y entre aquellos malos patriotas, á quienes se daba el nombre de *juramentados* y á los que el pueblo aplicaba el epíteto de *Josefinos*, hubo varios oficiales del ejército y otros individuos de la clase de paisanos. Claro es que entre ellos

habría mucha gente maleante, de la que en todas las guerras toma las armas, sin cuidarse de cuál sea la causa que defiende y movida solamente por el afán del pillaje y el desorden, que son inseparables de las situaciones en que sólo impera la fuerza. Y hoy que extinguidos los odios podemos juzgar con la imparcialidad de la historia, tampoco hemos de negar que hubiera entre los afrancesados, belicosos ó pacíficos, algunos que lo fueran por convencimiento de que era empresa irrealizable y temeraria la de resistir al Capitán del siglo, y creyeran más ventajoso para la patria transigir con la necesidad, someterse de buen grado á ser vencidos y sufrir la dura ley del vencedor; sin que faltara tampoco una minoría insignificante que influida por las ideas que había extendido la revolución francesa, pensara que España había de progresar más bajo el cetro de Bonaparte que bajo la monarquía de los Borbones.

En el pueblo no entraban estas ideas, y en la misma Andalucía los franceses, dueños de las grandes poblaciones, no lo fueron nunca de las aldeas, donde las columnas, como no fueran muy considerables, no lograron entrar jamás sino á viva fuerza.

En sus abruptas montañas organizáronse muchas guerrillas, que si no dieron grandes batallas, hostilizaron incansablemente á los invasores, obligándoles á retroceder en muchas ocasiones y causándoles siempre grandes pérdidas.

La Serranía de Ronda, donde operaban algunas de ellas, llegó á adquirir tal fama de lugar temible, que los franceses la bautizaron con el nombre de *Calle de la Amargura*. Tales eran las que habían pasado los que se internaban en ella.

* * *

Montellano es un pueblo inmediato á la sierra. El alcalde, llamado D. José Romero, tuvo noticia de que una columna enemiga, fuerte de trescientos hombres, se dirigía á la villa, y puesto á la cabeza del vecindario, armado de escopetas, trabucos, palas, hoces y piedras, forma el propósito de rechazarlos, y el día 14 de abril, después de un sangriento combate, consigue ponerlos en fuga.

Aquella victoria no podía menos de atraer la venganza sobre el pueblo, y ocho días después, el 22 del mismo mes, una columna de mil doscientos hombres con dos cañones pasa por Grazaletta, teniendo que vencer alguna resistencia, y se dirige á Montellano.

No se intimida D. José Romero, que era sin duda de raza de héroes; ordena á sus convecinos tomar las armas; llena el pueblo de barricadas, levantadas en los puntos que le parecieren más estratégicos, y dispone la lucha á toda costa.

En aquel pueblo cuyo nombre no figura en la historia, se repite el espectáculo de Zaragoza.

Los franceses pelean con gran valentía, pero los españoles se defienden como fieras. Cada casa cuesta un sitio. Los hombres desde las ventanas hacen un fuego horroroso; las mujeres y hasta los chiquillos les ayudan tirando los muebles y los cacharros de la cocina. Muchas viejas derraman sobre los invasores sartenes de aceite hirviendo. Los asaltantes ganan terreno, pero cada paso les cuesta una baja, y avanzar en estas condiciones es imposible. Entonces deciden incendiar el pueblo y realizan su propósito.

Los vencedores de Europa otorgaban á un miserable pueblo de Andalucía los honores de condenarlo á perecer como Sagunto y Numancia.

El fuego prendió pronto en varias casas y el incendio avanzó con aterradora rapidez, propagándose de unas á otras, con tanta mayor facilidad cuanto que nadie se ocupaba en atajarlo.

Los españoles, reputando imposible continuar una lucha que duraba ya algunas horas, comenzaron á abandonar la población, huyendo á la sierra con sus familias.

Cuando los parientes y amigos de D. José Romero, que peleaban junto á él, quisieron persuadirle á que imitara el ejemplo de sus convecinos, aquel hombre estoico tuvo una frase digna de los héroes de la antigüedad:

— Soy alcalde de Montellano, y mi puesto está aquí.

Y como viera que las llamas amenazaban ya su morada, entra en ella animosamente, coge en brazos á su mujer, atraviesa con tan preciosa carga por entre el incendio y las balas de la fusilería, y seguido de unos cuantos héroes, á quienes Lannes, quizás con razón, hubiese apellidado locos, corre á encerrarse en la iglesia y renueva el combate desde las ventanas de la torre.

Ya el cañón iba á destruir aquel último baluarte del patriotismo, cuando la Providencia quiso premiar tan nobles esfuerzos. La guerrilla de D. Gaspar Tardío, que operaba en las inmediaciones, había acudido

en socorro del pueblo, y presentándose por la parte de Puerto Serrano, atacó á los franceses por la espalda.

Los que ya se reputaban vencedores, viéndose cogidos entre dos fuegos, aniquilados por aquella lucha sangrienta y larga, ignorando el número de sus nuevos enemigos y oyendo el toque de rebato de las aldeas inmediatas, emprendieron una retirada que parecía fuga.

D. José Romero aún tuvo alientos para salir de la iglesia en persecución de los soldados imperiales, llamándoles cobardes y retándoles á nueva batalla.

Abandonado por el vecindario aquel montón de ruinas humeantes, el valiente Romero marchó con su familia á la villa de Algodonales.

* * *

Me ha parecido digno de recordación este hecho, porque pinta el carácter de la guerra de la Independencia.

Un invasor que después de vencer á los ejércitos organizados y aun de dominar á las fuerzas irregulares, todavía tiene que contar con lo imprevisto, y lo imprevisto son alcaldes de monterilla como D. José Romero, está vencido de antemano.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

D. ANTONIO GONZÁLEZ SOLESIO

Pertenece al Sr. González Solesio al cuerpo de Estado Mayor del Ejército, y legítimamente había ganado todos sus grados y empleos hasta el de coronel que tenía á su fallecimiento, habiendo regado distintas veces con su sangre los campos de batalla.



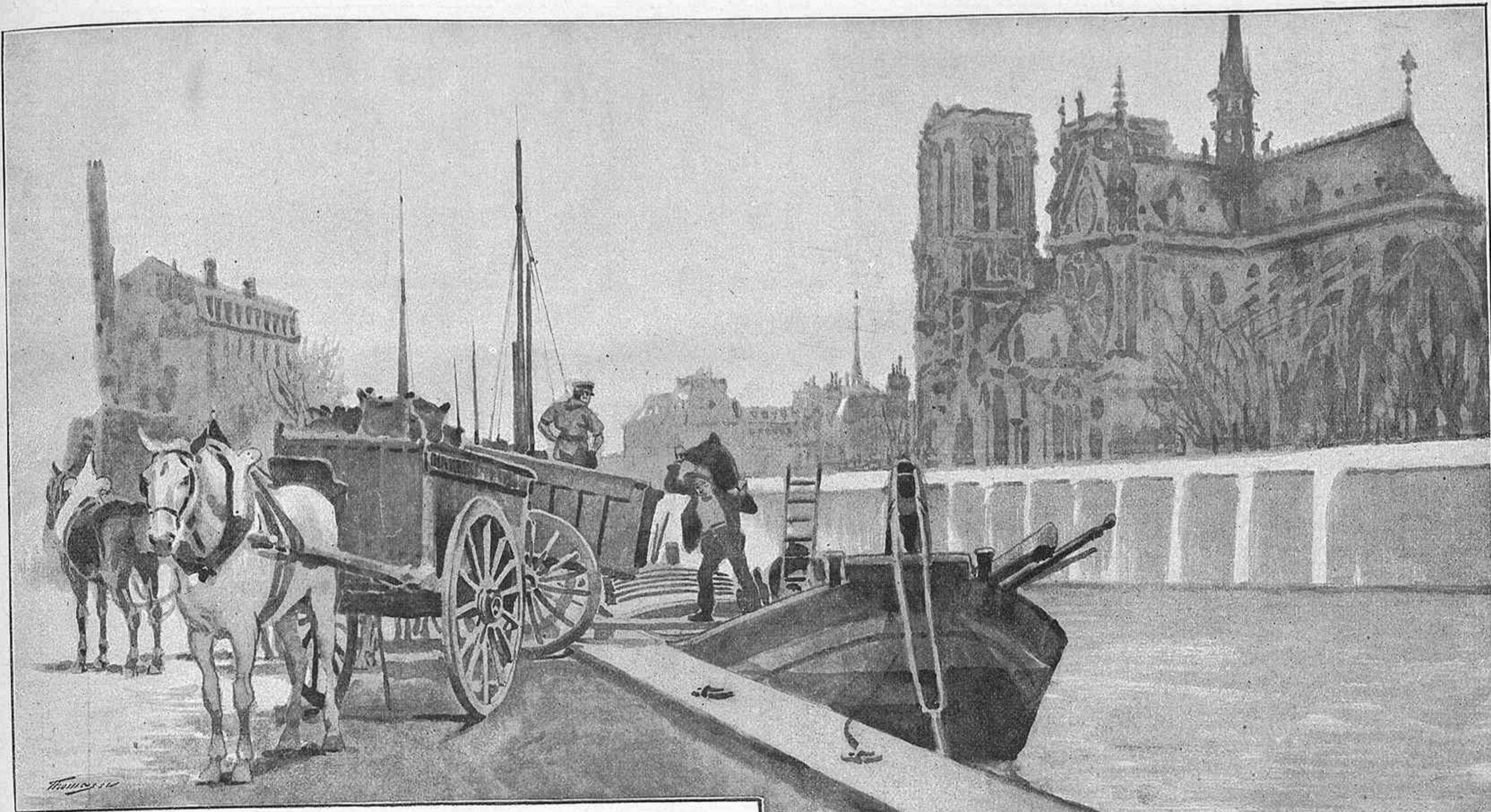
D. ANTONIO GONZÁLEZ SOLESIO,
gobernador civil que fué de la provincia de Barcelona,
fallecido en Archidona en 15 de enero de 1895

Había sido gobernador civil de Castellón de la Plana, de Zaragoza y de Barcelona: en los dos períodos de su mando en nuestra provincia halló ocasión para demostrar cuán excepcionales eran las condiciones que le adornaban para el desempeño de tan elevado y difícil cargo.

En 1855, cuando la epidemia cólera, dió pruebas de una abnegación, celo y valor cívico sin límites, acudiendo á los sitios de mayor peligro, distribuyendo socorros y organizando los servicios sanitarios. La Diputación provincial le otorgó un sentidísimo y entusiasta voto de gracias y acordó regalarle una plancha de oro y plata en que constara dicho voto y se continuaran las firmas de todos los diputados. Al propio tiempo le fué entregado un magnífico álbum que rápidamente se cubrió de millares de firmas de todas las clases sociales de la provincia.

En 1890, su previsión, su tacto y su energía durante las huelgas de 1.º de mayo evitaron graves sucesos, logrando restablecer la tranquilidad, que se había visto muy amenazada, resolviendo, con prudencia, pero también con mano vigorosa, difíciles conflictos, y demostrando una serenidad y un valor poco comunes.

El Sr. González Solesio, que formó últimamente parte del cuarto militar de S. M., será eternamente recordado con respeto y gratitud por los catalanes todos, que siempre admiraron en él al cumplido caballero, al valiente militar, y al gobernador probo, fiel cumplidor de sus deberes y como pocos celoso del bien de sus administrados. — A.



PARÍS. - Muelle del carbón en el Sena

CRÓNICA PARISIENSE

Durante la última quincena, el termómetro ha bajado frecuentemente á muchos grados bajo cero, y la nieve, encanto de artistas y tormento de los pobres, ha cubierto varias veces la gran ciudad.

Las esperanzas de dulzuras invernales que el veranillo de San Martín, prolongado hasta Nochebuena, vino alentando con sus hermosos días, se desvanecieron ante tan fría realidad, y á los grandes problemas que en el orden social se debatían, hubo que añadir el de la calefacción, que preocupa á todos los parisienses, desde los que tiritan en buhardas sin hogar, hasta los que se repantigan en cómodas estancias provistas de estufas calentadas al rojo.

En el aristocrático barrio de San Germán, aún aparecen con los primeros fríos robustos hijos de la Auvernia, que en los patios de los hoteles sierran gruesos troncos de haya ó de encina, destinados á las vastas

es todavía un agradable entretenimiento el pasarse el invierno sobre los tizones; y no se crea que el atizar bien el fuego de una chimenea sea cosa fácil: es operación en que únicamente suelen distinguirse las mujeres y los artistas.

En los ministerios, donde quien paga es el Estado, se conserva también la tradición del fuego de leña. Las oficinas, por la elevada temperatura que en ellas se mantiene, parecen dependencias de baños rusos; y más de un empleado subalterno, filósofo, melancólico y flemático, como casi todos los de sueldo exiguo, pensará que en vez de vivir entre la congestión cerebral que le amaga en el despacho y la pulmonía que le acecha en su casa, cabría un seguro bienestar con menos calor en la oficina y con más paga con que combatir el frío del hogar.

En los barrios modernos, la estufa reina en absoluto. Pero en esto, como en muchas cosas, fáltale al progreso un poco de poesía. En una habitación calentada por invisible cok, la temperatura es más uniforme; pero por elevada que sea, deja algo frío el corazón, sin el agradable efecto de una llama animada y juguetona; tan cierto es que hasta en los fenómenos físicos puede mucho la imaginación.

Para la inmensa mayoría de los parisienses, los problemas de la calefacción son puramente cuestiones económicas difíciles de resolver. Más de una familia tiene que recurrir al zumaque que las carboneras pregonan por la calle con una pausada melopea que parece un gemido del invierno. Más de una obrera, tiritando en su buhardilla, sólo cuenta para conservar un poco de calor vital con un brasero que después de calentar los pies próximos á helarse, aún comunica á los dedos la agilidad indispensable para manejar la aguja.

Hay en París una clase de pobres desocupados que á duras penas reúnen bastante dinero para una escasa comida diaria, y que han de acudir á mil estratagemas para calentarse gratis. El tipo es muy curioso. Se le encuentra en el Palacio de Justicia desde que se abren las puertas hasta la hora de almorzar; y su almuerzo consiste en un ordinario (caldo y cocido) tomado en cualquier taberna al precio de cuarenta céntimos, y que le permite pasar, sin desfallecer, el resto del día en las sesiones de la Audiencia. Se le encuentra también en los cursos del Colegio de Francia, donde no siempre entiende ni escucha lo que el profesor explica; al anochecer, comiendo castañas ó patatas fritas en un cucurucho de papel, echa á andar por los pasajes más abrigados, y consagra las primeras horas de la noche á la lectura de viajes por países cálidos, en cualquier Biblioteca pú-

blica, desde donde va á calentarse en las estaciones de los ómnibus, fingiendo aguardar un coche que no toma jamás.

Quando el último vehículo se ha llevado al último viajero, cuando la ciudad entra progresivamente en el silencio y en la obscuridad, el pobre hombre se resuelve á subir á su glacial sotabanco y se acuesta vestido en una miserable cama donde tiembla de frío el resto de la noche, pensando en las gratas horas que pasará el día siguiente en los sitios públicos de su predilección, ó soñando con viajes á los trópicos.

Para el hombre entrado en años, la gran tristeza del invierno es la soledad en un hogar sin lumbre. A los veinte, cuando la sangre ardorosa de la juventud circula por las venas, no hay habitación sin fuego, ni suele reinar en ella la soledad. El momento terrible es aquel en que ninguna esperanza sonrío ya al hombre á quien sorprende el declive de la vida, sin que aún haya llegado el entorpecimiento de las pasiones, que viene á ser la cristalización del sufrimiento.

Gran cosa es un buen fuego en una casa, pero lo esencial es el hogar convertido en santuario del amor. ¡Feliz quien lo posee, y más feliz aún quien lo venera!

Hemos dicho que la nieve es objeto de júbilo para los artistas y de angustia para los pobres. El hermoso panorama que ofrece París nevado supone una infinidad de obreros sin trabajo y de familias sin pan. Con el paro de las obras coincide el aumento de necesidades y la carencia de recursos.

«El invierno será riguroso,» anuncian los hombres de ciencia con la estoica calma del que sólo ve materia de observación en los fenómenos atmosféricos; y mientras tanto, el resto de los mortales se fastidia ó tiembla. Unos aguardan el buen tiempo cómodamente pertrechados contra el frío, en tanto que otros sufren las inclemencias de la estación metidos en cuchitriles donde hasta la sangre se hiela. Para estos desheredados de la fortuna, la naturaleza es implacable, y la sociedad es muchas veces sorda á sus quejas.

Afortunadamente, en París - en este París lleno de oro y de miseria - la caridad no deja de ejercer su misión sublime. Basta apelar al corazón de los parisienses, describiendo el cuadro de esos infortunios, para que la caridad acuda á enjugar lágrimas y aliviar miserias.

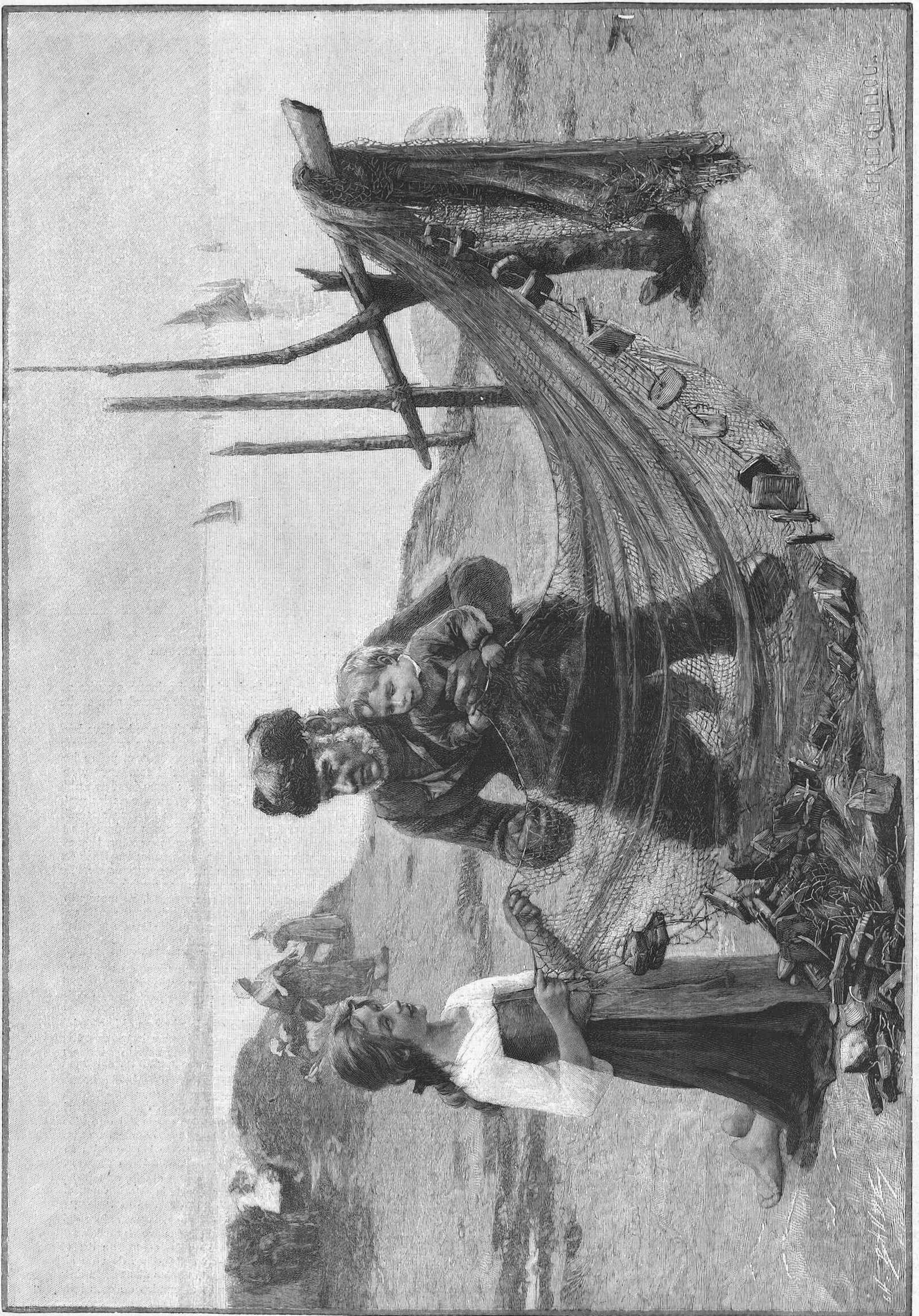
La humanidad progresa en la senda del bien, á pe-



PARÍS. - Un brasero público

chimeneas que á través de mil innovaciones han subsistido en esas antiguas viviendas.

En el seno de las familias linajudas, generalmente



LOS CONSEJOS DEL ABUELO, cuadro de Alfredo Guillou (Salón de los Campos Elíscos)



UN ALTO, copia del celebrado cuadro de T. Rocholl



PARÍS. — Parroquianos á la estufa del Museo de escultura egipcia

sar de cuanto digan los detractores de nuestro siglo. El hombre se vuelve cada vez más compasivo y justo. Los habitantes de una misma ciudad se consideran solidarios. ¿Quién, teniendo de sobra, niega un socorro al que siente hambre y frío? Esta comunidad de sentimientos revela una marcha ascendente del hombre hacia un ideal de bondad que alcanzará sin duda algún día.

No les falta razón á los filósofos cuando deploran la necesidad de la limosna. Si toda limosna implica un corazón humanitario y una mano generosa, también atestigua una lamentable desigualdad social. Lo que honra al uno, puede humillar al otro. Pero es de esperar que llegará un día en que las clases más numerosas y más pobres, mejor instruidas y dirigidas que ahora, comprenderán mejor sus intereses y, más celosas de su dignidad, pedirán al trabajo y al ahorro lo que hoy esperan de la munificencia particular ó pública — cuando no del crimen disfrazado de reivindicación social.

Entretanto aquí, como en todas partes, la limosna es una transición necesaria, máxime cuando al bullicioso y alegre otoño sucede el inclemente invierno; cuando aquellas masas flotantes de extranjeros que lo invadían y animaban todo, han tomado el tren para ir á contar en el seno de sus familias y al amor de la lumbre las impresiones de su visita á la moderna Babilonia.

Cesaron los conciertos al aire libre. Las compañías del Horloge, Ambassadeurs y Alcazar d'Été funcionan en Eldorado, Parisiana y la Scala. El Bosque de Bolonia está desierto. Saint-Cloud, Robinson, Bougival, Nogent, todas esas deliciosas comarcas de los alrededores de París, que el Sena y el Marne fertilizan y embellecen, han perdido la animación que *canotiers* y *cocottes* les prestaban con sus francachelas y sus bailes.

Al sol de otoño han seguido las pertinaces lluvias y las nevascas de invierno; al aire tenue y perfumado por las últimas violetas, la atmósfera nebulosa y húmeda que engendra sabañones y bronquitis. Los árboles han perdido su verde vestidura, y las hojas amarillas bailan por el fangoso suelo danzas *macabras* cuando tienen por música los quejidos del viento huracanado.

En España, donde se vive en familia, el invierno no produce tan tristes impresiones como en este hormiguero inmenso de seres humanos que viven juntos sin estar unidos, en su inmensa mayoría, por ningún

vínculo sagrado. A la poesía de la naturaleza, sucede la poesía del hogar. Llega noviembre, y se empieza por rendir un tributo de amor y de respeto á la memoria de los deudos y amigos que nos precedieron en la tumba: sentimiento religioso, poesía del corazón. Los primeros fríos reanudan los lazos de la familia: poesía del amor. Los salones abren sus puertas á los amantes de las tertulias y de los bailes: poesía de la belleza y de la juventud. Llega Nochebuena con sus pavos y turrones: poesía... — ¿por qué no? — poesía del estómago.

Aquí, al ver rodar por el suelo las hojas amarillentas; al notar que los días se acortan y obscurecen; al sentir los primeros fríos de la estación ingrata, el corazón se oprime y el alma se siente sumergida en las sombras de la tristeza. En esta sociedad cosmopolita, la mayor suma de delicias es para los sentidos. Esta metrópoli es comúnmente un desierto para el alma, cuando no se tiene un hogar donde solazarse al amor de la familia. En este caso hay que recurrir á los salones particulares ó á los espectáculos públicos. Los salones de París satisfacen á todos los gustos y á todos los caracteres. Para ciertos individuos, son lugares de mero pasatiempo; para otros, las antecámaras de las Cámaras, campos abiertos para medrar en todas las esferas de la política; para el calavera son centros de aventuras amorosas; para el escritor y el artista, minas inagotables de observación y estudio.

Los teatros se convierten en emporios de impudicia, donde el descoco y la inmoralidad se presentan con todos los atavíos de la elegancia y de la belleza; naturalismo de-

generado en pornografía y complicado con una contabilidad cínica, que lleva en presencia del público sus libros por partida doble y aun por partida triple. Sí; ese mercado del amor venal se hace *coram populo*, sin una sombra de escrúpulo, sin una apariencia de repulsión de parte de los espectadores. Y las mujeres oyen y ven sin inmutarse, porque si alguna mejilla se colora, no es ciertamente por rubor... ¡Ay del público que así bebe á ojos cerrados, sin darse cuenta del veneno que contiene la dorada copa!

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

La perla del Albaicín, cuadro de Cecilio Plá. — Como resultado de su última excursión á Granada, ofrece este distinguido pintor una bellísima producción, nueva muestra de la elegancia y gallardía de su pincel, que tan magistralmente transporta al lienzo los brillantes matices de la tierra andaluza, en donde todo brilla y sonríe. La tejedora de anea puede ser la *perla del Albaicín*, conforme la titula su autor, descendiente de las arrogantes y graciosas moras que han poetizado la leyenda, pero preciso es convenir que Plá ha logrado imprimir á su obra una gracia especial, que sin separarse de la realidad la rodea de cierto encanto.

Guerra chino-japonesa. — Tropas chinas procurando salvar su artillería, dibujo de R. Catón Woodville. — Siguiendo la serie de ilustraciones que reproducen episodios interesantes de la guerra del extremo Oriente, publicamos el dibujo del celebrado artista inglés R. Catón Woodville, especialista para todo cuanto se refiera á batallas, en el que se representa una sección de tropas chinas que perseguidas de cerca por los japoneses tratan de salvar su artillería. Los latigazos que sobre las espaldas de los infelices soldados caen son otro de los muchos signos de lo que puede y vale el ejército del Celeste Imperio.

Los consejos del abuelo, cuadro de Alfredo Guillou (Salón de los Campos Elíseos). — Razonada manifestación del arte moderno es el bello cuanto sentido cuadro del distinguido pintor francés M. Alfredo Guillou, que con tanta justicia ha atraído las miradas del público en el Salón de los Campos Elíseos. Trasunto fiel del natural, el artista ha logrado trasladar al lienzo un cuadro admirable de la vida real, bello en su sencillez y grande por el concepto.

Un alto, cuadro de T. Rocholl. — El grabado que figura en este número con el presente título, es fiel reproducción de una de las mejores obras del pintor alemán T. Rocholl, quien ha sabido distinguirse por cuadros de asuntos militares, cuyo género cultiva con singular acierto, pues aparte del sello de verdad que imprime á los tipos que interpreta, embellece sus composiciones con los fondos de sus lindos y bien pintados paisajes.

El mariscal Canrobert. — El mariscal Canrobert, fallecido en 28 de enero último, nació en 1809 é hizo sus primeras armas en Africa, en donde de 1830 á 1849 ganó todos sus grados en las expediciones que dieron por resultado la conquista de Argelia. Edecán de Luis Napoleón Bonaparte y general de brigada en París, tomó parte principalísima en el golpe de Es-



EL MARISCAL CANROBERT

tado del dos de diciembre, y con poderes ilimitados recorrió entonces los departamentos para estudiar en ellos la situación política. Durante la guerra de Rusia mandó la primera división del ejército de Oriente, y después de haber sido herido en el paso del Alma fué nombrado comandante en jefe de las operaciones de Crimea, comenzando los trabajos del sitio de Sebastopol y siendo herido nuevamente en Inkermann. Al año siguiente, en 18 de marzo de 1856, fué nombrado mariscal de Francia. En 1859 tuvo en Italia el mando del tercer cuerpo de ejército en Magenta y Solferino; en 1865 sucedió al mariscal Magnan en el mando del primer cuerpo de ejército de París, y finalmente en 1870, al frente del sexto cuerpo terminó dignamente su larga carrera militar en Borny, en Gravelotte y sobre todo en Saint-Privat-la-Montagne. Había sido senador por el Lot en 1876 y por la Charente en 1879; en la última renovación parcial del Senado no presentó su candidatura.

Nicolás Karlovitch de Giers. — El ministro ruso, fallecido en 27 de enero último, nació en 9 de mayo de 1820 en Finlandia de una familia noble oriunda de Suecia. A los diez y ocho años entró en el ministerio de Negocios extranjeros, siendo nombrado cónsul general en Egipto en 1858 y en Teherán en 1863. Ministro en Estocolmo en 1872, fué llamado tres años después á Rusia, en donde desempeñó el cargo de *tovaritch* (adjunto) del ministro de Negocios extranjeros, el príncipe Gortchakof. Un rescripto imperial de 9 de abril de 1882 relevó á este último de sus funciones y designó para reemplazarle á Giers. Durante todo su ministerio, Giers se ocupó principalmente de las cuestiones asiáticas, combatiendo con habilidad y fortuna la política inglesa en Asia. Desde el punto de vista político, sus viajes en 1881 y 1883 á Berlín, Viena y Friedrichsruhe han motivado la suposición de que deseaba orientar hacia Alemania la política del tsar; esto no obstante, Giers ha contribuido poderosamente en estos últimos años á la aproximación entre Rusia y Francia.



NICOLÁS KARLOVITCH DE GIERS



LORD RANDOLFO CHURCHILL

Lord Randolph Churchill. — Fué lord Churchill uno de los políticos más importantes de Inglaterra y uno de los más conspicuos *leaders* del partido conservador, para el cual procuró ganar las simpatías del pueblo trazando un programa de reformas político-sociales á fin de mejorar el estado de las clases populares. Sentóse por vez primera en la Cámara de los Comunes en 1874, cuando contaba veinticinco años de edad; fué secretario de Estado en el departamento de la India con el gabinete Salisbury (1885) y el alma del llamado cuarto partido que quiso dar nueva vida al torismo aceptando algunas reformas democráticas, y más tarde canceller del Tesoro. Lord Churchill, además de gran político y orador de primera fuerza era escritor notable, y en sus artículos publicados en las más importantes revistas y en su obra *Plain Politics for the working classes* se admira al observador profundo y al consumado estilista.

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— ¡Sí, Jacobita, dijo Silverio, es preciso partir! Podíamos ser desgraciados toda nuestra vida, si nos encontramos juntos aquí a esta hora. ¡En nombre de nuestro amor, sepámonos!

Al oír esto la joven se incorporó vivamente, y sacudiendo su cabello suelto murmuró:

— ¿Conque es preciso, es preciso?... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué será de mí? Sola en aquel convento, sin poder comunicarme con usted... ¿Se ve la ciudad de Pau desde la cima del Gargos, Silverio?

— Sí, cuando la atmósfera es clara se distinguen los edificios.

— Pues bien: por la noche encienda usted grandes hogueras, si puede hacerlo. Yo miraré las montañas, y si diviso una luz me diré que mi Silverio piensa en mí.

Los dos lloraban a lágrima viva.

— ¡Adiós!, murmuró por fin Jacobita prorrumpiendo en sollozos.

Pero como esta palabra helase su corazón, añadió:

— ¡No, no, es demasiado espantoso! Yo no podría nunca pasar cinco años sin ver a usted; estoy persuadida de ello, y mejor quisiera morir.

Jacobita se acercó de nuevo a su amigo, y estrechando una de sus manos entre las suyas, continuó:

— Silverio, es preciso buscar un medio para casarnos en seguida; es necesario conmovier a mi tutor.

— ¿Cómo?

— No lo sé; busquemos, pidamos a Dios, y sin duda nos inspirará. ¿Sería eso imposible? ¡No, no! El cielo, que ve nuestro amor, nos ayudará sin duda. ¡Oh Silverio, si usted fuera rico, tal vez mi tío consintiera; sí, estoy segura de ello; la pobreza de usted es el único obstáculo. Mi tío aborrece en el fondo a Roumigas, y muchas veces le vi maltratar al brujo. Si concede mi mano al hijo de ese hombre es tan sólo porque no tengo otro pretendiente que se halle en una situación análoga a la mía. Silverio, si tuviera usted la mitad de la fortuna de Roumigas, sería usted preferido a él, segura estoy de ello. ¡Oh! Es preciso ganar pronto dinero para casarnos, para ser felices juntos.

— ¡Sí, sí!, contestó Silverio con entusiasmo; tiene usted razón, Jacobita, es preciso ganar dinero; y yo lo ganaré, lo juro. Voy a trabajar día y noche, y creo que esto me será fácil ahora. ¿Qué no haría yo pensando en usted?

Los dos se estremecieron de esperanza, levantando sus brazos a la luz de la aurora; transportados en su sueño, mecíanse en fantásticas ilusiones y creían realizar milagros. Todo se hacía posible, y para obtener la fortuna bastábale desearla mucho. Mirábanse confiados y sonreían con cándida expresión, como si una de aquellas montañas vecinas, cuyas cumbres parecían azuladas en el horizonte, debiese abrirse ante ellos por arte de encantamiento para darles minas de oro y cascadas de rubíes.

La campana de Aigues-Vives comenzó a tocar maitines sobre el valle, y entonces Jacobita, vertiendo lágrimas, dijo con acento vibrante de esperanza:

— ¡Hasta muy pronto!

Y Silverio la vio alejarse hacia el Oriente sonrioso.

Permaneció en pie delante de su gruta, escuchando los pasos precipitados de la joven sobre los peldaños de roca; y cuando nada se oyó ya, unió las manos y elevó una oración a Dios. Pidióle la riqueza, ingenuamente, con los labios trémulos, la riqueza que debía permitirle unirse con Jacobita; y pronunció el cándido juramento de erigir, si Dios le escuchaba, una cruz en la cumbre del Gargos, una cruz muy alta de granito ó de mármol, cuyos brazos señalaran la dirección de los Pirineos amigos, en el lugar sagrado donde Jacobita le había declarado su amor.

El Oriente pareció encenderse de pronto detrás de la Coronada; de los barrancos, oscuros aún, eleváronse lentos vapores, como si las montañas quisieran rodearse de incienso; sobre el perfil del Montmirail, la nieve azulada se recamó de oro, y sobre una cresta denticulada como un muro ruinoso, el sol ascendió gravemente.

Los ojos de Silverio brillaron de pronto.

— ¡Ah!, exclamó, como si algo le deslumbrara, he

hallado la riqueza; ya sé cómo obtenerla; estoy seguro ahora que Dios me ayudará y que plantaré la cruz sobre el Gargos.

Una hora después, Silverio, una vez cerrada su gruta, cogió su hacha, su morral y su carabina, montó

IV

Era un tunante aquel Antonino Roumigas, con su rostro arrugado como una nuez, y su cabello blanco, rizado como el vellón de un carnero.



Silverio, sin respirar, miró la forma blanca que se acercaba

en su mulo, atravesó el pueblo, y detúvose delante de una cabaña donde su hermano Emilio Montguille vivía. Allí tomó una barra de hierro que servía para socavar las moles de pizarra, la sujetó en el lomo de *Morrudo* y dirigióse hacia el camino de España.

— ¡Eh! ¿Dónde vas tan de mañana?, preguntóle el contrabandista Laroque, á quien halló cerca del Gave.

— Voy á reunirme con un viajero que me espera en Gavarnie.

— ¡Cómo, hijo del diablo! ¿Tienes ya excursiones en el mes de mayo?

— Sí, me ha tomado á su servicio un sabio que quiere ver el Monte Perdido antes del deshielo... ¿Puede usted venderme pólvora por casualidad? Tal vez la necesite.

El contrabandista no había introducido más que cinco cajas aquella mañana, y Silverio se las compró todas.

— ¡Buena suerte!, gritó Laroque.

— ¡Muchas gracias!

El contrabandista continuó su marcha hacia el Gargos, y el guía hizo trotar su mulo en dirección á España.

Pero cinco minutos después, el montañés miró á su alrededor, aseguróse de que no había nadie por allí en las cercanías, obligó á *Morrudo* á tomar la derecha, y remontó vivamente hacia la cima del Gargos.

Llegado á la meseta nevada, miró la cuenca de Aigues-Vives, y fijó su atención en tres puntos negros que bajaban del pueblo.

— ¡Es Jacobita!, se dijo, Jacobita y el padre Bordes, y entre ellos va la mula, que lleva el equipaje.

Silverio permaneció allí un instante para ver cómo su amiga se alejaba en dirección al camino de Pau; dos veces parecióle que Jacobita volvía la cabeza, dirigiendo una mirada á la montaña; y después los tres puntos, cada vez más pequeños, volvieron hacia el burgo de Aigues-Vives, perdiéndose detrás de las casas.

— ¡Oh, Jacobita, murmuró Silverio, si el cielo me ayuda, volverás antes de un mes!

Y aproximándose á un torrente, el guía remontó su curso á través de las rocas.

Había nacido en Salvatierra del Bearn, y como era el séptimo hijo de una numerosa familia, sus compatriotas le atribuyeron facultades maravillosas. En aquel país, el niño que tiene seis hermanos mayores toma el título de *rey*, y según las creencias del pueblo, posee el don de curar la mayor parte de las enfermedades con simples imposiciones de las manos.

Apenas llegado á la adolescencia, el joven Antonino Roumigas hizo una competencia desastrosa á los doctores de las diversas facultades que trataron de establecerse en la región; pero uno de ellos, menos sufrido que los otros, amenazó al *rey* con persecuciones judiciales por ejercer ilegalmente la medicina. Entonces Roumigas, desconfiando del tribunal, abandonó voluntariamente á los suyos y buscó un pueblo susceptible de respetar más su dignidad de *rey*.

He aquí cómo fué que se estableciera en Gargos.

En este país, donde cada montaña tiene su leyenda, la superstición florece en todo su vigor; lo fantástico está en todas partes, en la forma de las cosas y en el pensamiento de los seres, y hasta la naturaleza misma invita á creer en lo sobrenatural. En los Pirineos es donde principalmente se rinde culto á las hechiceras; y las personas de más instrucción apenas se atreven á poner en duda la existencia de los aparecidos y la de los duendes. Por la noche, vagos resplandores siguen al pastor; silenciosos animales aguardan á los viajeros, y blancos espectros rondan el lecho de la mujer dormida. Todo es allí terrible y misterioso.

— ¡Aquí, pensó Roumigas, yo seré el único que no crea en las hechiceras!

Sus asuntos prosperaron maravillosamente. Halló recetas admirables para impedir á los espíritus malignos que persiguieran á los cristianos y á los animales; y sus clientes llegaron á ser numerosos, tanto que debió alquilar una habitación en Tarbes para dar allí las consultas los días de mercado. Todas las mañanas permanecía en Gargos, y allí iban á verle los montañeses de los valles superiores, los vascos, los bearneses y los españoles.

Naturalmente, sus consultas eran gratuitas, y lo proclamaba así en voz bien alta; pero los campesinos saben reflexionar, y suponen que lo que pone en mar-

cha todas las cosas aquí abajo puede tener alguna influencia allá arriba, y que los espíritus puros del espacio deben volar más ligeramente en auxilio de los hombres si saben que algún obsequio recompensará su molestia. He aquí por qué la mayor parte de los hechizados ponían una moneda blanca sobre la chimenea de Roumigas, el gran interventor celeste. De este modo ingresaban todos los años en su caja ocho ó nueve mil francos, contando las monedas españolas.

Compró la más hermosa finca de Gargos, una cómoda casa situada en la extremidad meridional del pueblo y circuida de un magnífico jardín. En invierno, el sol podía visitarla una hora ó dos, penetrando por la escotadura que el torrente de Ribenac había practicado en la montaña, y en verano nunca soplaban allí los vientos del Norte. Gracias á esta situación, los árboles frutales pudieron prosperar en sus tierras; cinco ó seis se esforzaron para dar manzanas, y un cerezo trató de madurar su fruto, lo cual consiguió á veces el heroico vegetal. Entonces Roumigas fué feliz, porque tuvo la manía de ser horticultor, y no perdonaba sacrificio alguno para obtener medallas en el comicio agrícola de Argelez.

Después de la riqueza vino la consideración: Roumigas fué elegido alcalde de su pueblo en la época en que Gargos gozaba de su independencia comunal; y cuando el territorio fué anexionado al burgo vecino, el hechicero no encontró dificultad para que se le nombrara adjunto del alcalde de Aigues-Vives.

Este fué el apogeo de Antonino.

Mas ¡ay!, en aquella primavera, tres semanas antes de la llegada de Jacobita á Gargos, produjo un molesto acontecimiento: Roumigas había estado á punto de envenenar á un cliente del doctor Enrique Bordes, segundo tío de la señorita Marcadieu, preparándole una tisana maravillosa, y el médico quería, al parecer, poner el hecho en conocimiento de los tribunales.

El hechicero no dormía ya; su situación amenazaba ruina.

— Si me condenan, decía con justo motivo, ¡adiós los honores políticos y los ocho mil francos de ingreso!

Al punto había buscado un medio para desarmar al irritado doctor, y no halló nada más propio que transformar en aliado á tan temible enemigo. Por eso deseaba tanto casar á su hijo Gastón con Jacobita Marcadieu.

¡Qué agradable desenlace sería este! Así se arreglaba todo á las mil maravillas; la sobrina del doctor se casaba con el hijo del brujo; y los Bordes y los Roumigas se perdonarían al celebrarse los desposorios; acabando por abrazarse en la bodega. ¡Oh! ¡Qué buena vejez entreveía así! Ya no habría inquietudes para el porvenir, y disfrutaría de una renta que le permitiría vivir tranquilo el resto de su vida.

— ¡Ah! Esto no es ya una utopía, díjose Roumigas en la noche del 2 de mayo, al salir del presbiterio de Gargos, donde había comido con su hijo hasta ahora. Ese hermoso sueño está en vías de realizarse. El tutor no deseaba otra cosa sino cedernos la señorita, y nosotros la aceptaremos. ¡Ya lo creo, pardiez! No es de las más ricas; pero ¡bah!, la felicidad se debe tener en cuenta antes que el dinero. Por otra parte, Gastón está enamorado ya de la muchacha, y el tunante lo entiende. ¡Bastantes locuras ha hecho hasta ahora en Tolosa!. En cuanto á la niña, ya le pasará su capricho por el montañés... es cuestión de quince días. ¡Pse! Comezón de la primavera, que en cuanto uno se rasca, se olvida. Además, Jacobita no es tonta, y comprenderá muy bien que Gastón es para ella un partido inesperado. Haremos la boda una mañana de septiembre, y aquel día... ¡por Dios vivo que daré cincuenta escudos á los pobres del pueblo!

Roumigas volvió á su casa, y tuvo los más agradables sueños, como hubiera podido tenerlos en las noches siguientes, pues todo marchaba á medida de su deseo. El cura, á quien solía encontrar á menudo, mostrábase siempre mejor dispuesto; y Gastón, al que sondeaba de vez en cuando, parecía más y más enamorado. Los tres se paseaban por la noche en la calle de Gargos trazando planes; hablaban del porvenir, y poníanse de acuerdo respecto de todos los detalles. El cura propuso conducir á Gastón al convento de Pau el mes siguiente para que trabase más amplio conocimiento con Jacobita; los desposorios se podrían efectuar en junio, y después se elegiría iglesia para celebrar el matrimonio. El tutor se inclinaba en favor de la de Gargos; el brujo prefería la de Aigues-Vives, y el futuro no tenía opinión; mas para el viaje de boda, por ejemplo, emitió su idea: deseaba pasar un mes en París, y esto le parecía suficiente.

Entretanto, Gastón debió volver á Tolosa para preparar una defensa.

Roumigas y el sacerdote le acompañaron hasta la estación.

— El hijo de usted es seductor, decía el padre Bordes, presentando su tabaquera al brujo.

— ¡Bien se lo había dicho á usted!, contestaba el hijo de Satanás. Ya sabía yo que Jacobita sería feliz con él.

Y los dos se iban á comer juntos.

En la mesa comparaban los bienes respectivos de los futuros.

— Sr. Roumigas, decía el cura, la Providencia le ha favorecido siempre á usted, pues posee varias cosas que le producen bastante en Aigues-Vives, y yo no soy más que un pobre diablo en comparación suya.

— ¡Bah, bah!, contestaba el brujo, henchido de satisfacción, no se ha de quejar demasiado. Por lo pronto posee usted una cascada que representa un capital de cincuenta mil francos por lo menos, y este es ya un inmueble importante, porque nada debe temer del tiempo ni de nadie. ¡Ni siquiera necesita usted asegurarlos de incendios!

— ¡Es verdad!, replicaba el cura sonriendo. Mi ahijada tiene en eso una dote apreciable, aunque líquida... ¡Ja, ja! Este es un chiste que se me ocurre, ya lo comprenderá usted...

Y chocaban sus vasos con beatitud.

Muy aborrecidos eran los hechiceros hacía veinticinco años; y los sacerdotes no solían estar en buena inteligencia con ellos; pero hacía una semana, aquellos dos hombres se querían mucho al parecer. El uno ansiaba desembarzarse de Jacobita, y el otro no tenía más deseo que tomarla, por lo cual era justo que se hicieran algunas concesiones. El hechicero comenzó á ser piadoso, y el cura satánico; en otro tiempo, Roumigas no creía mucho más en el Dios del cura que en su propio diablo; pero ahora no faltaba á la misa el domingo, asistía con asiduidad á los sermones, y permanecía tranquilo durante los cánticos religiosos.

Una noche el cura dijo á Roumigas:

— Le deseo á usted felices días, amigo mío.

El hechicero no comprendió, y buscando en su memoria no halló la explicación de aquellas palabras.

— ¿No se llama usted Antonino?, preguntó el abate.

— ¡Sí, pardiez, sí, Antonino, para servir á usted!

Pues bien: mañana estaremos á 10 de mayo, y la Iglesia celebra la fiesta de San Antonino, obispo y confesor.

— ¡Ah, sí, es cierto!, exclamó el hechicero. ¿Dónde diantres tendría yo la memoria?.. Y para ponerse en buen lugar con el buen tutor, añadió:

— Hasta había pensado, señor cura, en rogar á usted que dijese una misa por mí con tal motivo.

— ¿Y quién se lo impidió á usted?

— ¡Nadie! Es que temí molestarle.

— ¡Ah, señor! ¿Por qué tantos escrúpulos? Voy á decir esa misa, Sr. Roumigas.

— ¿Es tiempo aún?

— ¡Sin duda alguna! La diré mañana en mi antigua iglesia de Gargos. No tengo que hacer más que avisar al pequeño Augusto, el cual me sirve generalmente de monaguillo.

— Es usted muy complaciente, señor cura, y acepto con agradecimiento. ¿Qué hora señala usted?

— Las ocho ¿Le conviene así?

— ¡Sí, muy bien!

— Pues hasta mañana, Sr. Roumigas.

— ¡Dios le conceda un buen sueño, señor cura!

El brujo se levantó tarde el día de San Antonino, pues había dormido poco la noche anterior. A eso de las dos de la madrugada, cuando ya iba á conciliar el sueño, despertó una detonación lejana que parecía provenir de la parte del Oeste.

— ¡Diantre!, se dijo, pues yo no sé que haya ninguna cantera por allá... ¿Qué pueden hacer saltar?

A las siete y media, en el momento de vestirse, oyó una nueva explosión, y los vidrios de su ventana retumblaron.

— ¡Eso ya es demasiado!, exclamó. ¿Si tendremos tempestad?

Y miró al cielo detenidamente; mas no vió ninguna nube amenazadora.

— ¡Pardiez!, se dijo entonces, esto es que hacen salvas de cañón en Tarbes.

Y satisfecho de esta explicación, siguió vistiéndose; púsose su ropa de los días de fiesta, las botas nuevas, la faja de lana roja, al estilo del Bearn, y la boina azul.

Cuando estaba preparado, la sirvienta entró.

— Señor, dijo, un enfermo pregunta por usted.

— ¿Quién es?

— Emilio Montguille.

— ¡Ah, bueno! ¿El hermano del guía?

— Sí, señor.

— ¡Bah! Ese no tiene un cuarto, pensó Roumigas.

Y después de consultar su reloj, añadió volviéndose hacia la criada:

— Dile que no tengo tiempo; que voy á misa y que podrá volver en mejor ocasión.

— Está bien, señor.

Y la criada fué á despedir al hermano de Silverio, el cantero enfermizo, asiduo cliente de Roumigas. Como ya eran las ocho, el hechicero bajó y dirigióse hacia la iglesia de Gargos.

El padre Bordes, á punto de oficiar, estaba en el umbral de la sacristía.

— ¡Vamos, Sr. Roumigas, venga usted y despachemos pronto!, dijo el sacerdote al ver al brujo que llegaba. ¡Ya son las ocho y cinco!

— Dispénsame usted, señor cura, contestó Antonino apresurándose; se me había olvidado en la cama. ¡El cañón de Tarbes me ha impedido dormir! Ahora estoy á su disposición, y puede comenzar cuando guste. Es mucha bondad por parte de usted haberme esperado.

Y mostrando un voluminoso devocionario, entró en la iglesia y arrodillóse delante de una silla.

En el mismo instante el padre Bordes, precedido del pequeño Augusto, llegó ante el altar.

Los fieles eran en número de tres: Roumigas, Hilloune, su criada, y Poupotte, la cocinera del oficiante.

El brujo se indignó, y preguntábase si no habría más fieles en Gargos.

Pero el sacerdote había colocado ya el cáliz delante del tabernáculo, volviéndose después para bajar los escalones y comenzar el *Introito*. Roumigas se colocó de la manera más edificante, abrió su libro y rezó por cuatro.

El padre Bordes apreciaba en mucho aquella pequeña iglesia, la primera donde oficiara, y apenas había predicado más que en su vetusto púlpito. Allí evocaba recuerdos de su juventud en todos los ángulos, y si el exterior del edificio se hallaba en un estado lastimoso, el interior tenía aún bastante buen aspecto. Cierta que la hierba había invadido la capilla de la Virgen, y también se veía en la de San José una brecha tan grande como una puerta; pero la nave parecía bastante sólida, y la bóveda, exceptuando dos agujeros que permitían al agua caer sobre el altar, no presentaba grietas amenazadoras. El anciano sacerdote osaba celebrar la misa en aquella ruina de vez en cuando, desde el mes de mayo al de noviembre, cuando las avalanchas no eran ya de temer. En la sacristía se guardaba un inmenso quitasol de pintor que el monaguillo colocaba oblicuamente sobre el altar cuando los rayos del sol penetraban por la brecha vecina.

Aquella mañana del 10 de mayo, día de San Antonino, Augusto no había creído necesario servirse del quitasol, porque los rayos del astro del día no penetrarían por allí hasta las once; y el padre Bordes celebraba la misa con recogimiento, vistiendo el hábito sacerdotal de otra época, al paso que oía el alegre rumor de su cascada, cuyas blancas aguas veía caer por una ventana lateral.

El cura fué interrumpido un momento en el *Gloria*, porque la cabra de Bertrán Cojola, asiduo feligrés, introdujo de pronto su cabeza curiosa por la brecha y quiso entrar; pero Poupotte gritó con voz fuerte: *¡Houch, houch!*, y el animal se fué á pacer á otra parte.

El monaguillo no estaba muy al corriente del ritual, y el sacerdote hubo de darse la mitad de las contestaciones; en el evangelio se vió obligado á trasladar él mismo el misal de un lado á otro, y en la elevación la campanilla tocó demasiado pronto, tanto que Poupotte, que hubiera servido la misa tan bien como el almuerzo, no pudo menos de murmurar junto al monaguillo: «¡Aún no, amigo mío, aún no!» Esto escandalizó á Roumigas.

Augusto tenía en su favor circunstancias atenuantes, pues jamás le habían enseñado lo necesario para ayudar á misa. Era uno de esos pilletes traviesos que pululan por los caminos del país durante la estación y que persiguen á los coches entonando cánticos de Lourdes, como por ejemplo: *En esa colina María apa-re-ció*, ó bien: *¡Esperanza de la Francia!*..

Si el viajero no da nada, creen que le han resentido en sus opiniones políticas, y entonces entonan la *Marsellesa* con el mismo fervor; y si esta vez no obtienen mejor resultado, arrójanle piedras y huyen, haciendo una mueca en son de burla.

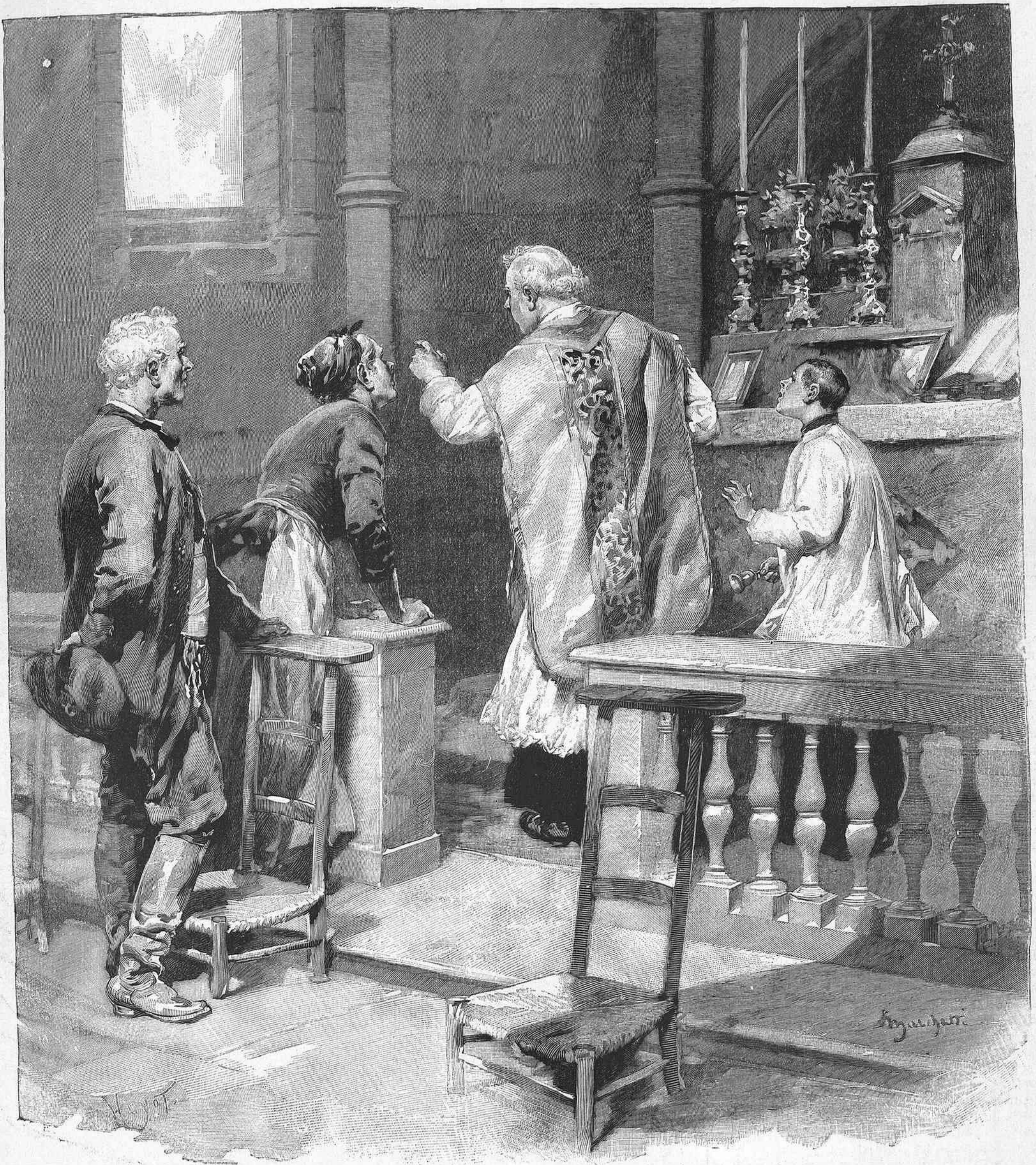
Sin embargo, el padre Bordes había podido comulgar sin contratiempo, y hallábase en las *abluciones*, cuando de pronto se volvió bruscamente hacia una ventana lateral.

Augusto creyó haberse equivocado en alguna cosa, y dió algunas vueltas delante del altar sin saber qué hacer.

— ¡Chist, no te muevas!, díjole el sacerdote.

Y acercó el oído hacia la ventana.

El monaguillo siguió el ejemplo, y los tres fieles



Ven acá, Poupotte, dijo; haz el favor de mirar por allá abajo...

que habían observado el movimiento del cura, preguntáronse á su vez qué podría ocurrir por el lado de aquella abertura.

- Escucha, Augusto, dijo el sacerdote en voz baja, ¿oyes tú el rumor de la cascada?

El muchacho se estremeció.

- No, señor cura, contestó, no oigo nada.

- ¡Ni yo tampoco!.. ¡Es singular!.. Mira bien, Augusto, por aquella ventana de la capilla. ¿Ves ahora la cascada?

El monaguillo alargó el cuello hacia la capilla.

- Sí, señor cura, contestó. ¡La veo!

- ¿No te parece más pequeña que de costumbre?

- ¡Oh! Sí, señor, mucho más pequeña, como que apenas queda nada.

Al oír esto, el padre Bordes palideció, y sus labios pronunciaron la acostumbrada exclamación:

- ¡Ah, Señor!.. ¡Ah, Señor!..

Poupotte había visto palidecer á su amo, y tan inquieta como preocupada, dirigióse hacia el altar.

- ¿Qué ocurre, señor cura?, preguntó. ¿Se siente usted indispuerto?

El sacerdote se alegró de que su criada acudiese.

- Ven acá, Poupotte, dijo; haz el favor de mirar por allá abajo...

- ¿El qué?

- La *Cabellera de Magdalena*.

- ¡Ah, santos ángeles, ya no tiene agua!

- ¿Verdad que no, Poupotte? ¿Qué significa eso, Señor?

La criada se precipitó hacia la sacristía; Augusto la siguió corriendo; Hilloune, algo turbada, salió también; y el padre Bordes, presa de una emoción muy natural, franqueó los escalones del altar.

- ¡Eh!, díjose Roumigas, supongo que no soy yo quien haya de concluir la misa.

Y cogiendo su boina, salió como los demás.

Todos se encontraron delante de la puerta de la sacristía, frente á la cascada, y allí abrieron desmesuradamente los ojos, poseídos de asombro.

La *Cabellera de Magdalena* estaba reducida en tres cuartas partes; ya no era más que un chorro de agua insignificante, que apenas tendría la importancia de aquel que caía durante la primavera en las tierras de Montguillem.

- Señor cura, dijo Roumigas, me parece que la cascada de usted está muy comprometida.

El sacerdote miró al brujo con ojos que expresaban el terror.

- ¿Qué dice usted?, preguntó.

- ¡Pardiez!, que si enflaquece tanto en la presente estación, no sé qué hará cuando llegue el mes de agosto.

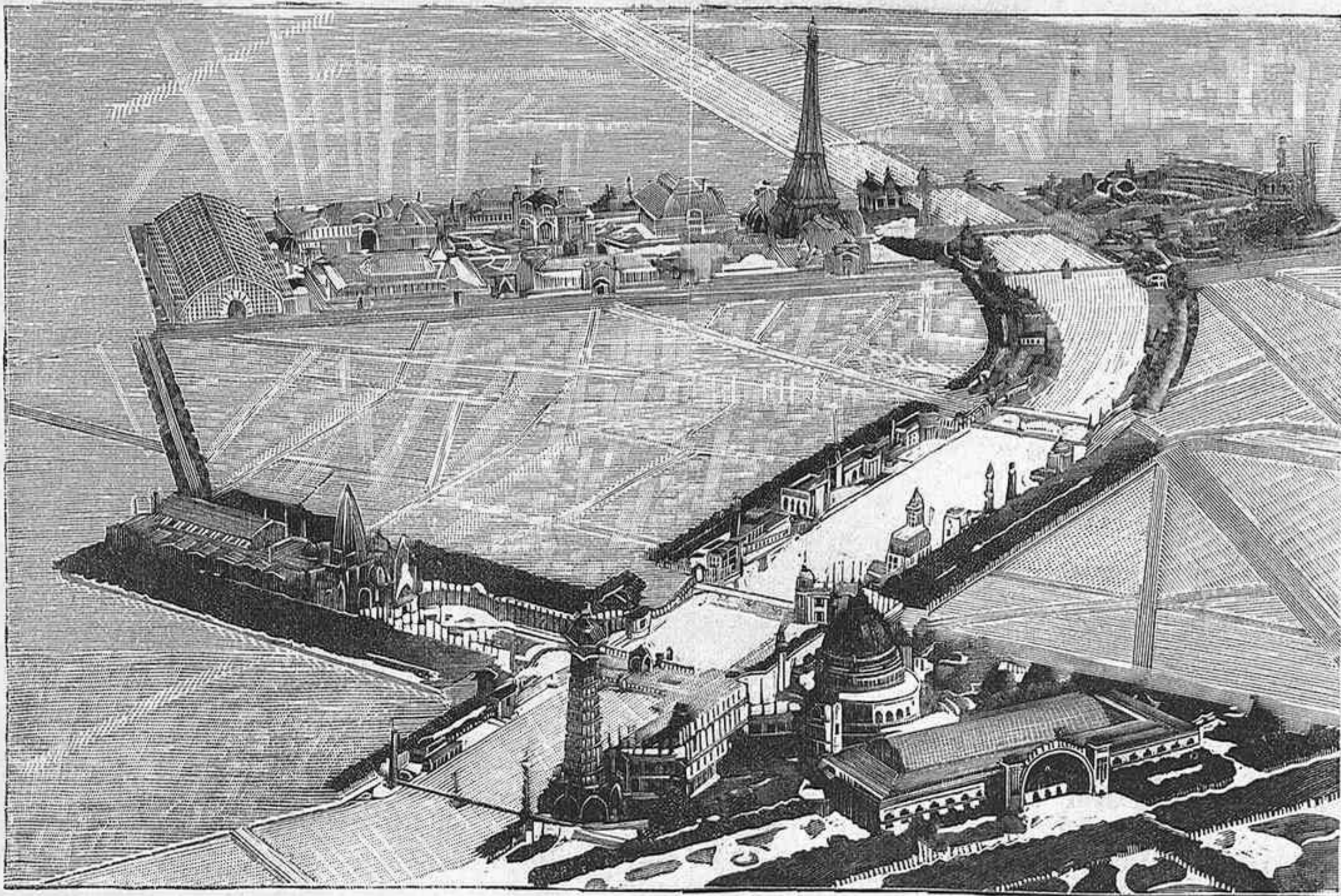
(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

El afán de innovar y engrandecer, nota característica de nuestro siglo, ha sido causa de empeñadas

terminar el perímetro y alcance que se ha de dar á la proyectada Exposición, sentando como principio la necesidad de ampliar el área, y de enlazar, cual los eslabones de sólida cadena, los anteriores con el nuevo concurso, empeño noblemente perseguido, según puede observarse al examinar el emplazamiento y desarrollo de cada certamen. La torre de Eiffel y las

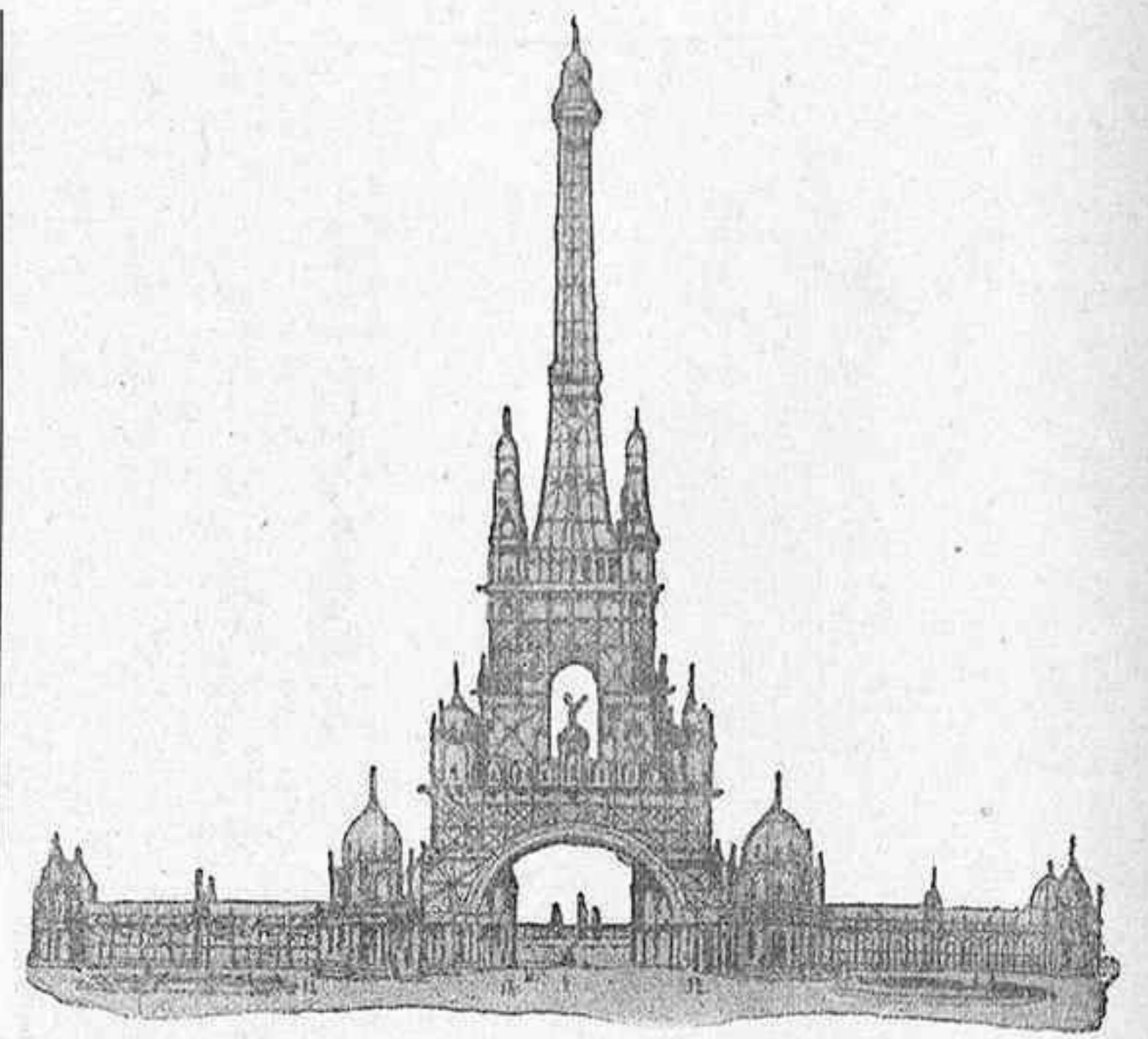


Proyecto de M. Girault (primer premio del concurso)

controversias con motivo del emplazamiento y área que debe darse á la proyectada Exposición Universal de París que se celebrará el año último de esta centuria. El empeño sostenido por M. Alphand de conservar las principales construcciones que constituyeron el certamen de 1889, entre ellos la famosa torre Eiffel, ha sido la dificultad más poderosa que se ha ofrecido á los que pudiéramos llamar modernistas, puesto que en su propósito innovador hubieran demolido todos aquellos edificios, que cual si fueran verdaderos palacios recuerdan todavía una de las más grandes manifestaciones del trabajo y de la actividad de todos los pueblos, para dejar libre el inmenso y amplio Campo de Marte. Apoyan sus razonamientos en la necesidad de ofrecer á los visitantes el interés de la novedad, que suponen es igual ó semejante, tratándose de los edificios de una exposición, al brillante decorado de una obra lírica ó dramática, deleznable cual lo son las materias ó elementos de que se forma.

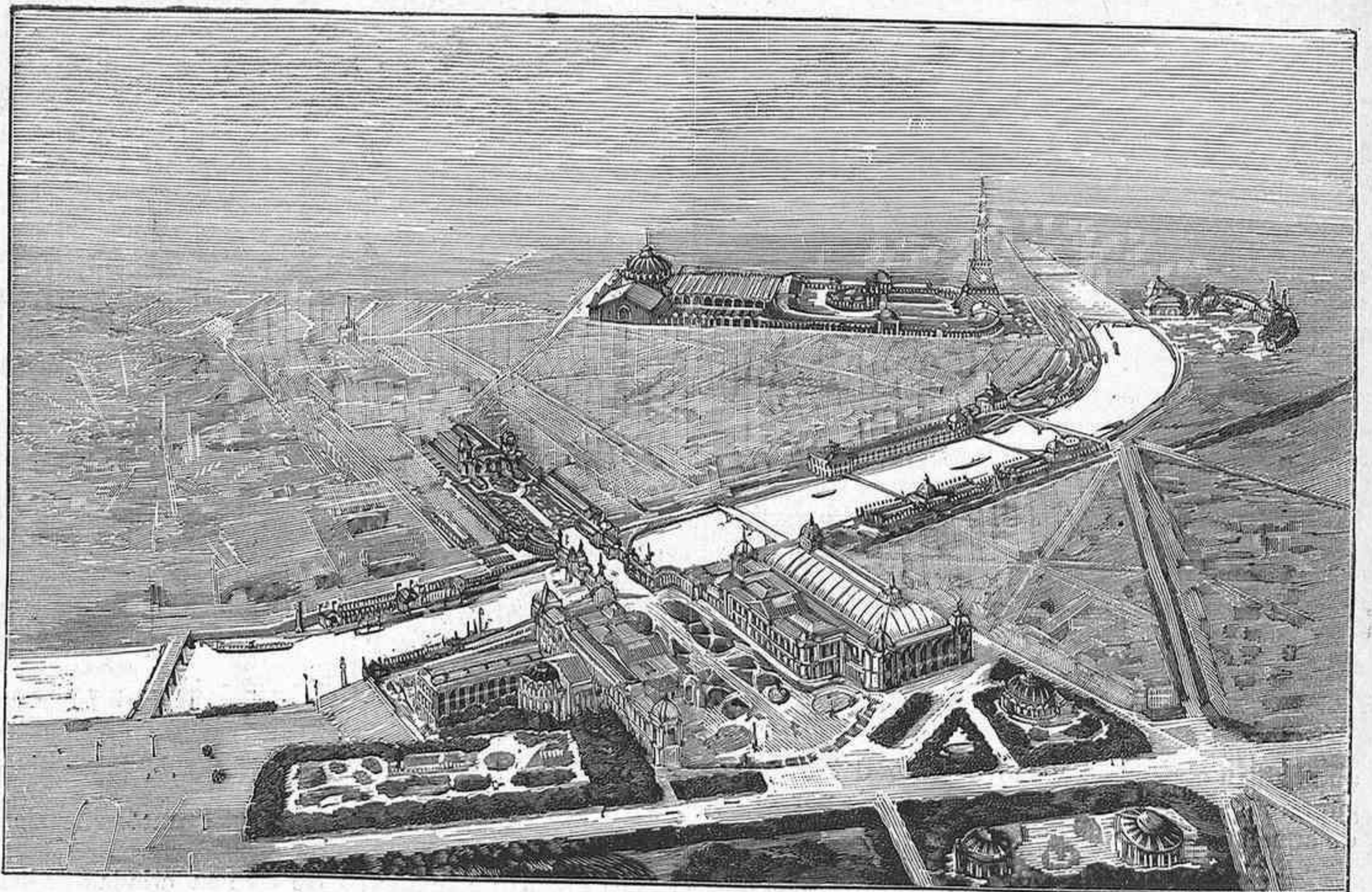
Los entusiastas partidarios del propósito conservador de M. Alphand han opuesto argumentos de más fuerza y ha prevalecido el criterio de perpetuar el recuerdo del concurso último. De este acuerdo surgió otra discusión, cual es la que ha tenido por objeto de-

construcciones del Campo de Marte evocan el recuerdo de la Exposición última, como el Trocadero perpetúa la de 1878 y el palacio de la Industria la de 1855. No se hizo esperar la solución de este, que hubiera podido ser difícil problema, dado el apasionamiento de los dos bandos, resultando tan atrevida como grandiosa y propia de un pueblo noble que busca afanoso el medio de dar á conocer de modo gallardo y completo el asombroso esfuerzo de sus energías, su poderosa vitalidad y la riqueza que posee, determinada por su plétora de producción. El proyecto

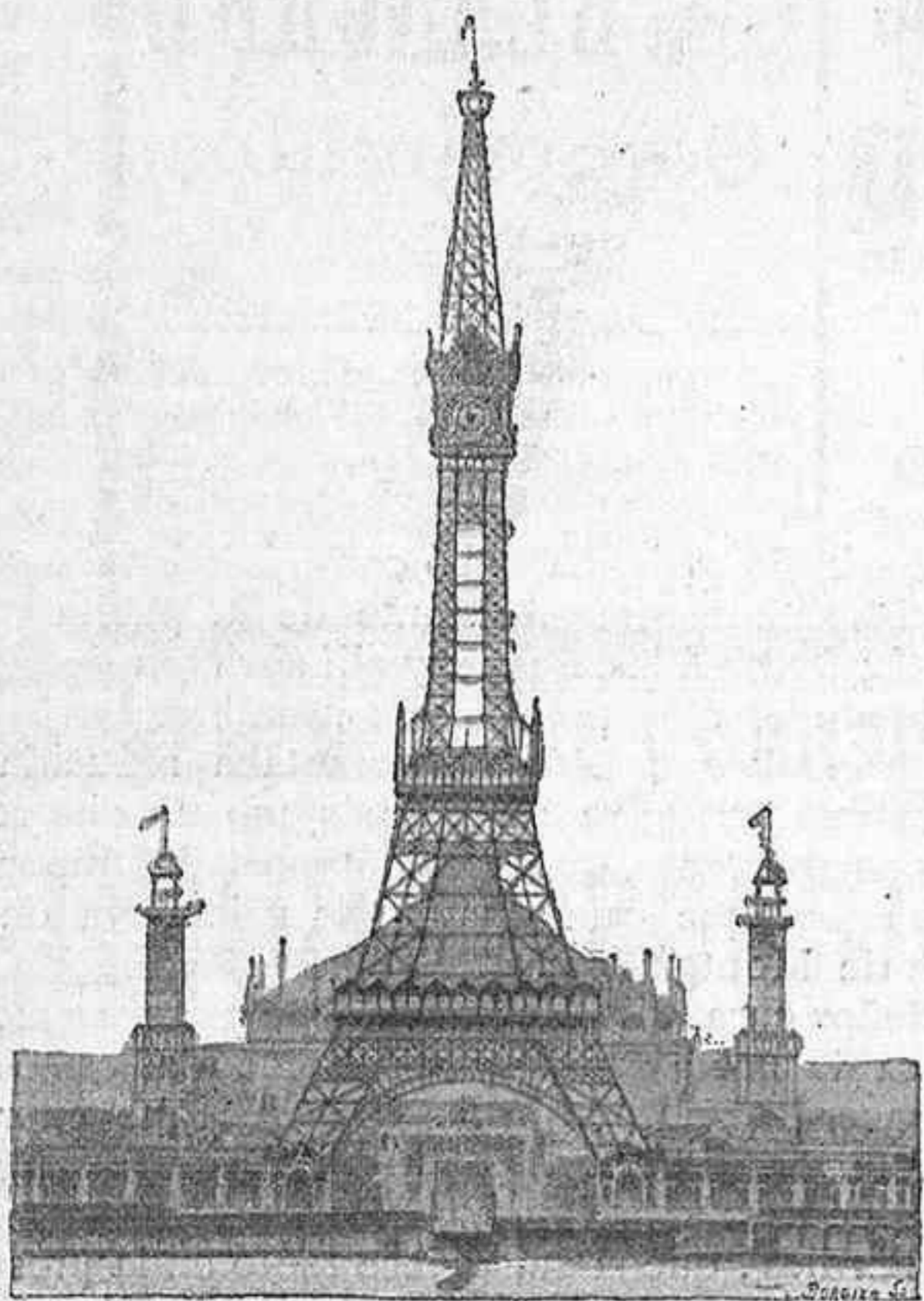


Transformación de la Torre de Eiffel, proyecto de M. Genty

fonso Picard, nombrado para desempeñar el honroso cargo de comisario general del futuro certamen, quien desde el primer momento se ha manifestado contrario á los métodos de clasificación generalmente adoptados. M. Picard sustenta un procedimiento tan modernista como racional, rompiendo con las reglas del rutinarismo. Trata de reunir el producto con los elementos de producción, esto es, la materia con el mecanismo que la elabora, el artefacto junto al objeto que aquél produce, con el propósito de que se obtengan las necesarias enseñanzas, verdadero objetivo y base de las exposiciones. Con tal sistema ofrecerán las vastas naves del certamen un aspecto tan nuevo como interesante, y la monotonía y uniforme aspecto de las galerías desaparecerá ante la variedad de la acción mecánica y de la producción, ofreciéndose á los visitantes agradable instrucción y entretenimiento. Este sistema, que revela desde luego un espíritu cultivado y eminentemente observador, ha puesto en grave aprieto á los autores de los proyectos por exigir mayor número de construcciones y la inversión de cantidades más importantes, de tal manera que casi se duplica el espacio que han de ocupar las nuevas construcciones, comparado con el representado por los edificios de la anterior Exposición. En 1889, las secciones cubiertas representaban una superficie de veintitrés mil metros cuadrados, en la de 1900 ocuparán cuarenta mil.



Proyecto de M. Hénard (primer premio del concurso)



Transformación de la Torre de Eiffel, proyecto de M. Hénard

es verdaderamente grandioso, puesto que el perímetro de la próxima Exposición de 1900 abrazará desde el Campo de Marte al Trocadero y desde los Invalidos á los Campos Elíseos, de manera que puede afirmarse que será en cierto modo un resumen de todas las Exposiciones universales verificadas en la capital de la vecina república durante el presente siglo.

Preciso es tener en cuenta que en todos los acuerdos adoptados ha prevalecido el criterio de M. Al-

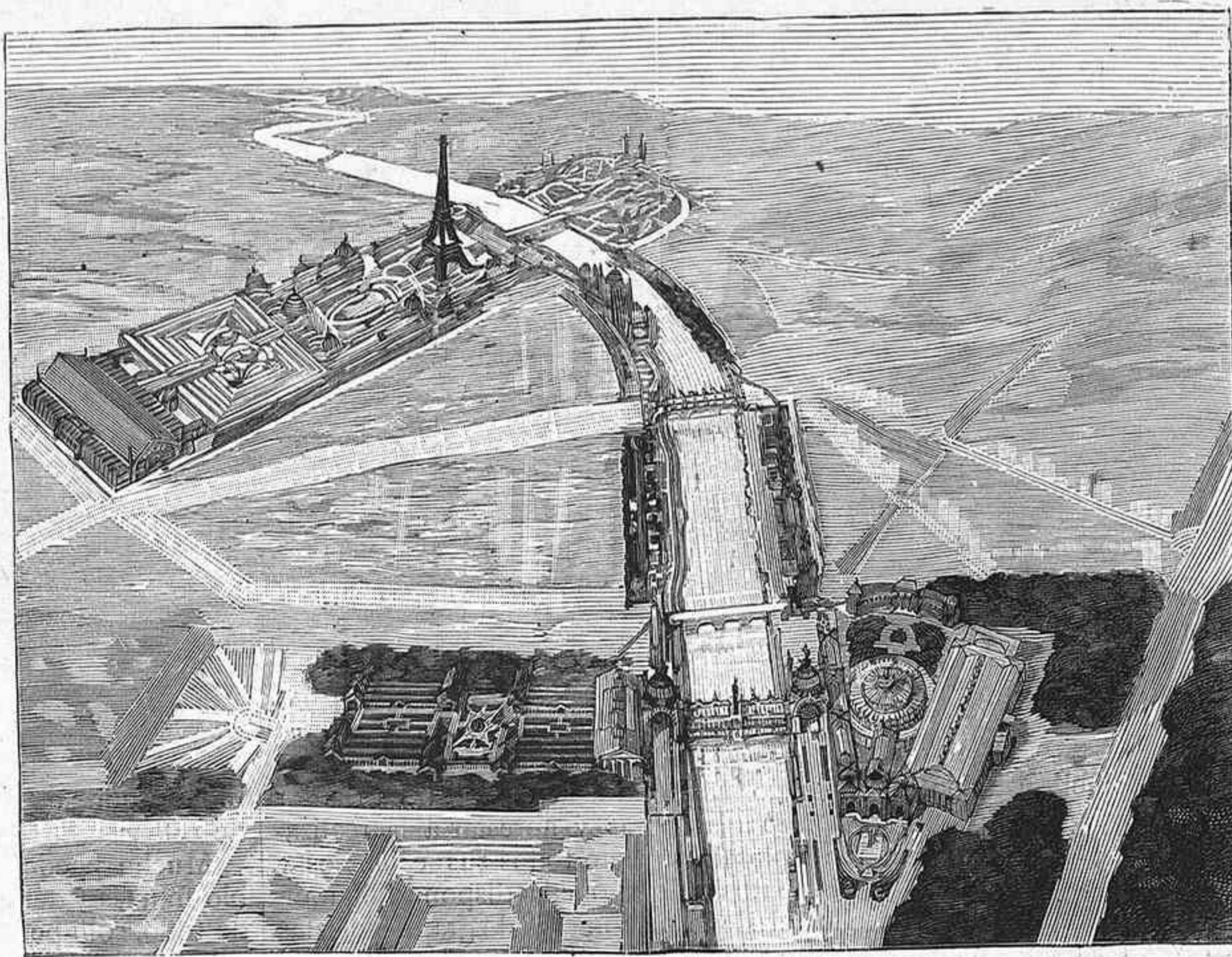
Si el concepto de grandiosidad es la nota que ha de dominar, grandes y numerosos han sido los proyectos sometidos al fallo del jurado. A algunos centenares asciende el número de arquitectos, ingenieros, maestros de obras y hasta aficionados que dieron á conocer sus deseos de tomar parte en tan especial concurso, puesto que al publicarse la convocatoria inscribiéronse 664, constituyendo el conjunto de los proyectos presentados, teniendo en cuenta los varios cuadros ó bastidores de que cada uno se compone,

una verdadera exposición. En este heterogéneo conjunto de manifestaciones tan diversas, de criterios tan opuestos, de práctico desarrollo ó de quiméricos empeños, ha debido ejercer el jurado su alta cuanto delicada misión, para elegir las diez y ocho obras dignas á su juicio de disputar las cuatro series de premios de 6.000 á 1.000 francos.

En el primer grupo han obtenido la principal recompensa los proyectos presentados por los señores Girault, Hénard y Paulin, señalados respectivamente con los números 73, 49 y 107.

El proyecto de M. Girault ofrece originalidad y ha despertado el interés del público. Los nuevos edificios figuran emplazados en ambas riberas del Sena, de modo que presentan una perspectiva admirable, especialmente si se supone colocado el espectador en el puente de la Explanada. Modifica el Palacio de la Industria por medio de la agregación de un nuevo palacio, cuya monumental puerta de ingreso hállase paralela al río. Consérvase la torre de Eiffel, utilizándose el paralelogramo que

por ángulos determinan los cuatro pilares sostenedores y la primera plataforma para la exposición de horticultura, que abrazará dos extensas naves laterales que se adicionan asimismo en el proyecto. Merece también mencionarse la bella columna luminosa que M. Girault trata de erigir cerca de la plaza de la Con-



Proyecto de M. Paulin (primer premio del concurso)

cordia, ó sea en el sitio que corresponderá á la entrada principal de la Exposición.

Contra los propósitos de M. Girault, en el proyecto de M. Hénard hácese tabla rasa de todas las construcciones existentes, ó bien las modifica de tal manera que casi puede afirmarse sería más ventajosa su

sería la somera indicación de los demás proyectos, que por otra parte exigiría mayor espacio del que podemos disponer. Esto no obstante, no titubeamos en hacer mención especial de aquellos en que se adivina en sus autores, cual acontece con los de M. Hénard, Genty, Gautier y Bossis, el decidido

demolición. Suprime el Palacio de la Industria, y se traza en la prolongación de la Avenida de los Inválidos una extensa vía que termina en los Campos Elíseos, levantando á cada lado dos magníficos palacios, destinados á las Bellas Artes y á las Letras y Ciencias. proyecta asimismo un puente triunfal sobre el Sena, en cuyo centro se levanta una estatua inmortalizando á Francia. En la explanada descuellan el Palacio de la Electricidad y en el muelle de Orsay la exposición flotante. Variase la estructura de la torre de Eiffel, y entre el número de variadas cuanto originales construcciones distínguese el Palacio de las ilusiones, constituido por un vastísimo salón hexagonal en el que deberían multiplicarse los efectos de luz.

M. Paulin, el último de los tres distinguidos con el primer premio, ha puesto especial cuidado, conforme lo atestigua su proyecto, en conservar las edificaciones, ideando una exposición colonial en el Trocadero y además una pequeña ciudad flotante chino-japonesa.

Objeto de un especial estudio

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.
Elegir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL
DE LOS DOCTORES
JORET Y HOMOLLE
REGULARIZA LAS EPOCAS.
IMPIDE LOS DOLORES, RETRASOS, SUPRESIONES, etc.
Dosis: una ó dos capsules mañana y tarde.
FRASCO 650. TODAS FARMACIAS.
MEDALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1894.

MAREO PELAGINA
RESULTA DOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.
IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. No franela, frascos 5, 3 y 1 fr. 50
S. FOURNIER Farm., 114, Rue de Provence, PARIS, y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
(Rotulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PATERSON
PASTILLAS y POLVOS
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO
DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina. Recomendados por la Real Academia de Medicina.

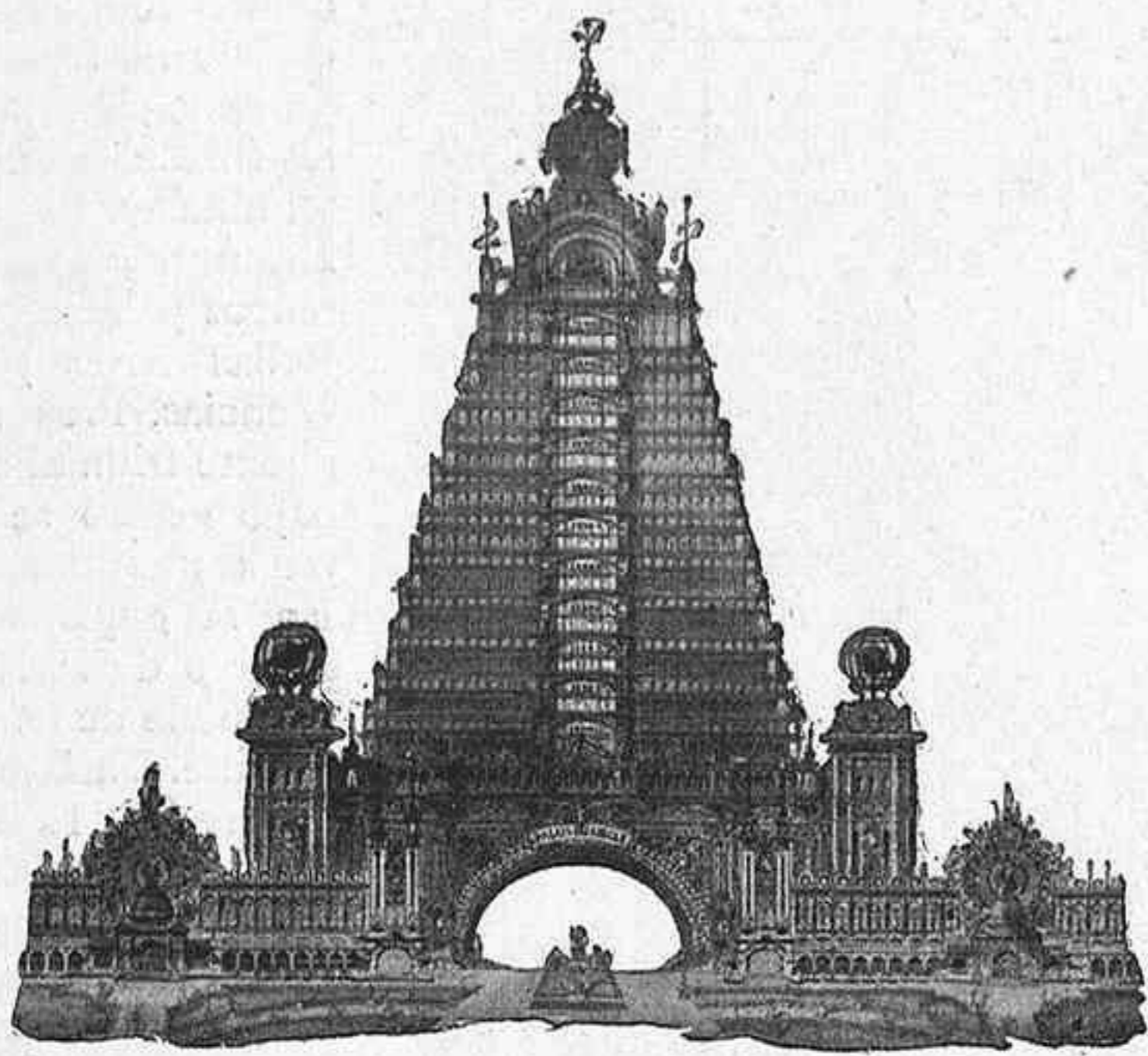
CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de Indisposiciones del Tubo Digestivo, Vómitos, Diarreas de los Tísicos, de los Viejos, de los Niños, y del público tanto favor por sus buenos y brillantes resultados, que de las Embarazadas y de los Niños, son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS DEL MUNDO.

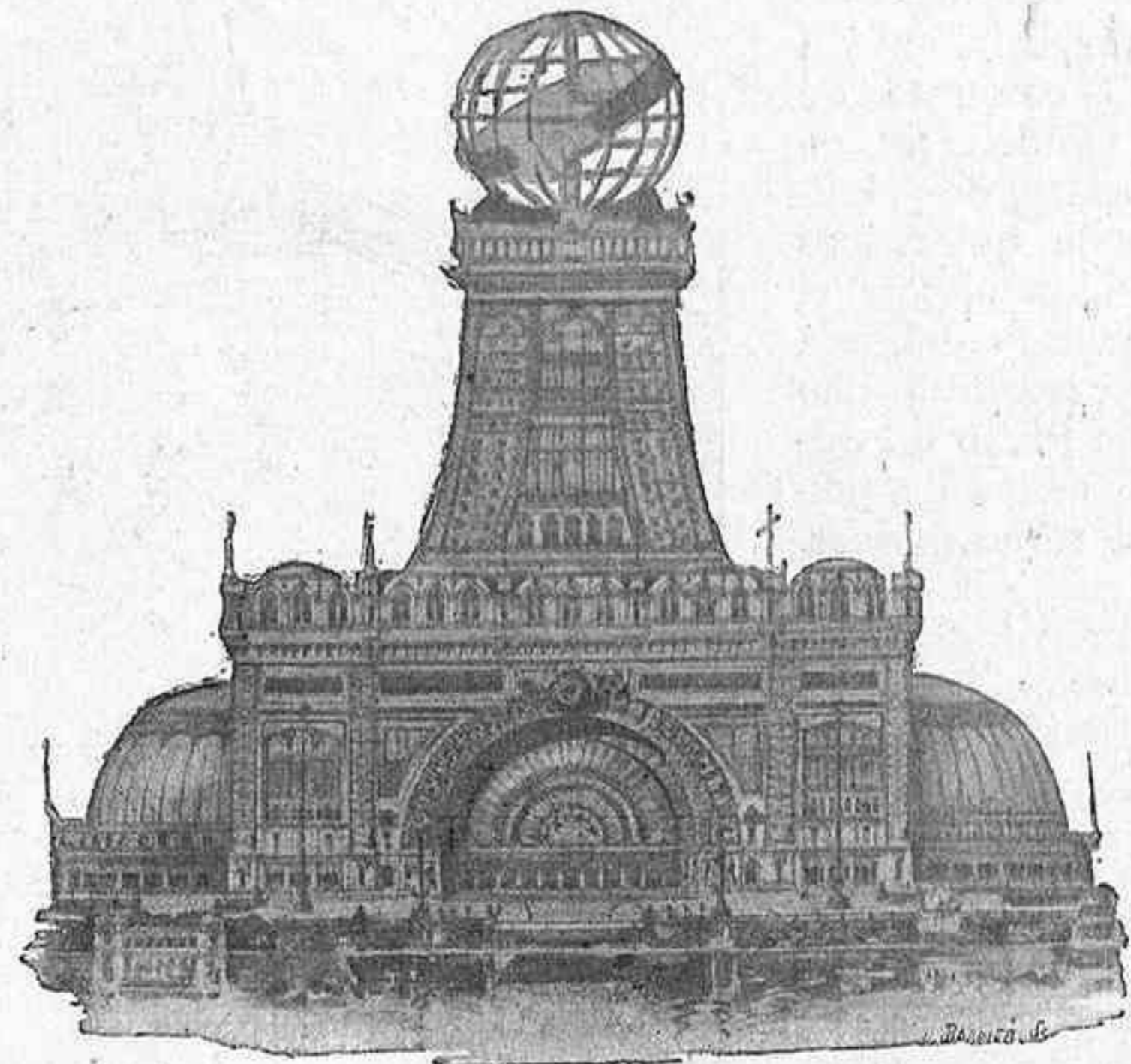
España, Almería, Laboratorio Vivas Pérez, de donde se envían muestras á quien las pida.

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Solucion **BLANCARD** y **Comprimidos de Exalgina**
Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
Exigirse la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA: Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Impobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD



Transformación de la Torre de Eiffel. - El Palacio del siglo, proyecto de M. Gautier



Transformación de la Torre de Eiffel, proyecto de M. Bossis

propósito de quitar á la ya famosa torre de Eiffel su férrea rigidez, variando ingeniosamente su estructura, como podrá comprobarse con los grabados que se acompañan.

Los propósitos que apuntamos y las dotes especialísimas que concurren en M. Picard y en su secretario M. Legrand, son ya garantía segura del éxito y del carácter que ha de revestir la última exposi-

ción de este siglo. El Comisario general trata de dar pronto comienzo á las obras y aprestar á la realización de tan colosal proyecto todos sus esfuerzos y todos los elementos de que pueda disponer, figurando entre ellos el de la celebración de grandes fiestas y cuantas distracciones recreativas puedan atraer al público. De ahí que considere en sesenta millones el número probable de visitantes, ó sea el doble de los

billetes que se expendieron en la última Exposición de 1889.

Mucho puede esperarse del patriotismo del pueblo francés y del esfuerzo de M. Picard; mas á pesar de todo, sólo podemos repetir, como en los antiguos calendarios, la frase de *Dios sobre todo*; haciendo, no obstante, votos en favor del buen éxito de tan útil empresa.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disponen casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y todo
 el tiempo en su belleza.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 160, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores
 Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
 de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los **RESFRÍADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS**.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura **CATARRO**,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ie}, 102, R. Richelieu, Paris.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida cura-
 ción de las Afecciones del pecho,
Catarros, Mal de garganta, Bron-
quitis, Resfriados, Romadizos,
de los Reumatismos, Dolores,
Lumbagos, etc., 30 años del mejor
 éxito atestiguan la eficacia de este
 poderoso derivativo recomendado por
 los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS de DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo
 necesitan. No temen el asco ni el cau-
 sancio, porque, contra lo que sucede con
 los demas purgantes, este no obra bien
 sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café,
 el té. Cada cual escoge, para purgarse, la
 hora y la comida que mas le convienen,
 según sus ocupaciones. Como el causan-
 cio que la purga ocasiona queda com-
 pletamente anulado por el efecto de la
 buena alimentación empleada, uno
 se decide fácilmente á volver
 á empezar cuantas veces
 sea necesario.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
 todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores
 y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
 la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
 los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,
 la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, con-
 vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas
 las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especieciones: **J.-P. LAROZE & C^{ie}**, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas
 Afecciones del Corazon,
 Hidropesias,
 Toses nerviosas;
 Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito
 El mas eficaz de los
 Ferruginosos contra la
Anemia, Clorosis,
 Empobrecimiento de la Sangre,
 Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de
GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de
ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
 que se conoce, en pocion ó
 en inyeccion ipodermica.
 Las Grageas hacen mas
 fácil el labor del parto y
 detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ie} de Paris
LABELONYE y C^{ie}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente
 reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto su-
 mamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas*
 y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas,
 enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provo-
 cadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
 Por mayor, en Paris, en casa de **J. FERRÉ**, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de **AROUD**.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma de AROUD

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
 preparado con bismuto
 por **Ch. Fay**, perfumista
 9, Rue de la Paix, PARIS
 El mejor y mas célebre polvo de tocador

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN